

War
AMERICANO
en la **R.A.F.**

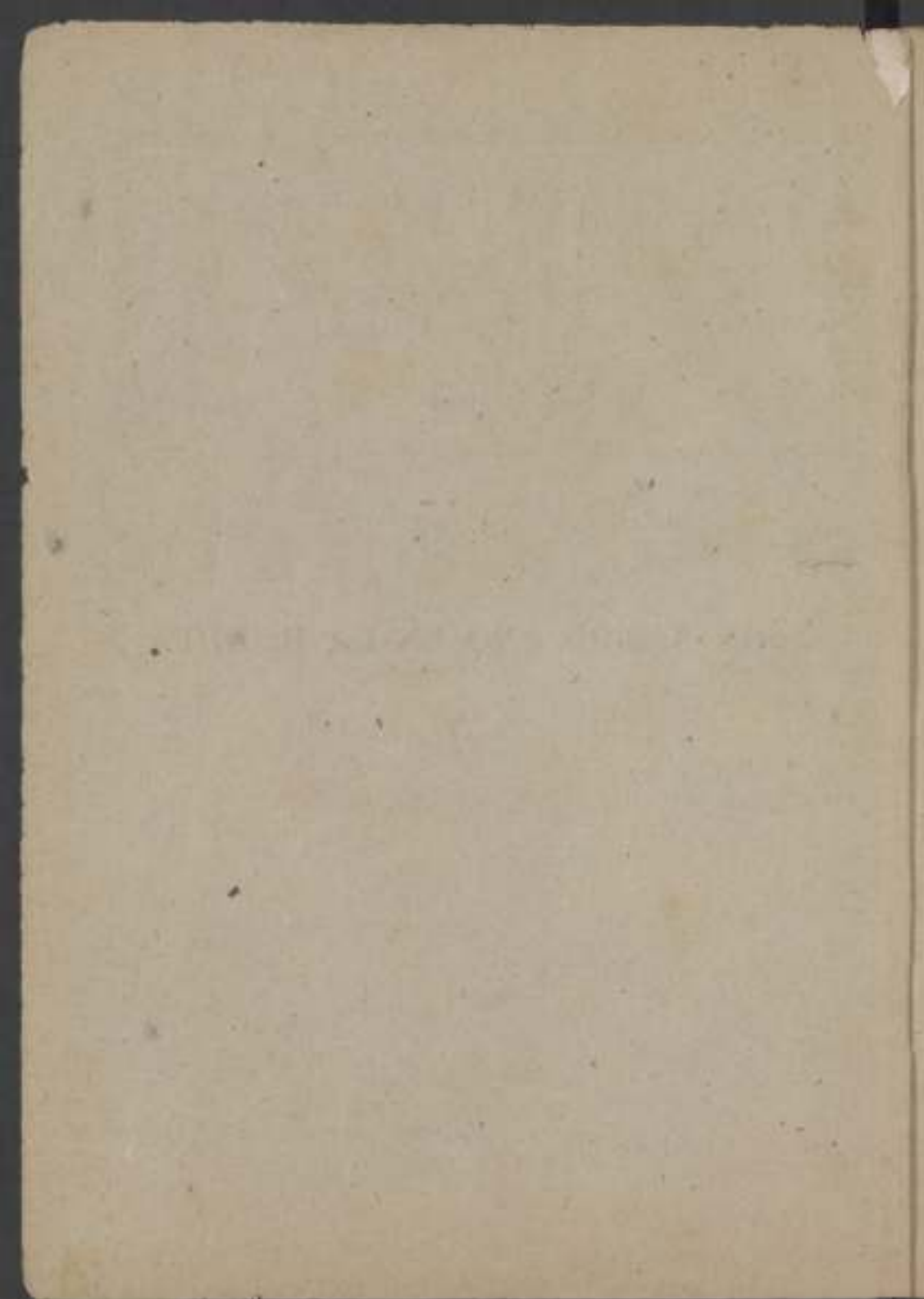
Tyrone
POWER
Betty
GRABLE



7 sellos de 30 céntimos de peseta.

246
n° 6552

UN AMERICANO EN LA R. A. F.



EDICIONES, BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

UN AMERICANO EN LA R. A. F.

Magnífica producción en la que la amenidad y el dramatismo
tejen un asunto cautivador

Argumento de
MELVILLE CROSSMAN

Guión de
DARRELL WARE y KARL TUNBERG

Productor
DARRYL F. ZANUCK

Director
HENRY KING

Es una película
TWENTIETH CENTURY-FOX

REPARTO

Tim Baker	Tyrone Power
Carol Brown	Betty Grable
Morley	John Sutton
Roger Pillby	Reginald Gardiner
etc.	

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. I. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

Un Americano en la R. A. F.

ARGUMENTO DE LA PELICULA

En los primeros tiempos de la guerra, cuando los Estados Unidos todavía estaban al margen de la gran conflagración mundial, la ley de neutralidad prohibía a los fabricantes de los Estados Unidos entregar aviones a los beligerantes. Pero el afán de ayudar a la Gran Bretaña y sus aliados sin dejar de observar la ley al pie de la letra, hacía que los pilotos, en vuelo de prueba, llevaran los aviones hasta la misma línea fronteriza del Canadá y allí aterrizaban dejando que desde la nación vecina, aliada y amiga fiel de Inglaterra, "pescara" con una fuerte soga aquellos aviones llegados allí como por purz y mera casualidad.

El Gobierno no se enteraba de la ingenua combinación y así podían pasar a los frentes de batalla, conservando siempre su posición

de neutrales, los aviones construidos en los Estados Unidos.

Más arriesgado que sus compañeros de oficio, Tim Baker, el piloto recién salido de la academia, con ganas de triunfo y ansia de expansión, sintiendo que era pequeño el horizonte de su patria para sus ansias juveniles, dejó que su avión volara —por decirlo así— al azar, alejándose más allá de la línea fronteriza y aterrizando, como por descuido, en el mismo aeropuerto de Trenton, en la frontera canadiense.

—¿Dónde va ese loco?—preguntó uno de los mecánicos que trabajaban en el aeropuerto, viendo sobre su cabeza el avión cuyo ruido les era familiar—. Es otro "Harvard" de entrenamiento... ¡Pero si se dispone a aterrizar! ¡Se ha sorbido el seso el piloto!

El piloto no se había sorbido el eso. Brincó con un salto ágil de su aparato y sonrió a los dos hombres que le miraban con inusitado asombro, como si vieran la sombra de un fantasma.

—¡Hola, amigos!—exclamó Tim Baker con una sonrisa cordial, presentándose al oficial y al mecánico que no salían de su asombro—. Me llamo Baker, Tim Baker. Buenos días.

—Yo soy el teniente Redmon—replicó uno de los canadienses.

—Mucho gusto... Me dijeron que trajese aquí el aparato y aquí estoy—explicó Tim con la mayor naturalidad.

—¿Le han dicho que... que trajese aquí el aparato...? —preguntó Redmon, cada vez más asombrado.

—Sí. Esto es Trenton, ¿verdad? —preguntó Tim Baker con un tono tan ingenuo que cualquiera hubiera podido caer en la trampa.

—Sí, Trenton, Canadá —explicó Redmond.

—¡Canadá!... ¡Vaya, hombre, quién iba a decirlo! Yo creí que era Trenton, en Nueva Jersey—rió Tim Baker, queriendo captarse la simpatía del teniente y convencerle de las mentiras que le estaba diciendo y que en sus ojos adivinaba que no creía—. Se me debe haber estropeado la brújula para que ha-

ya dado un rodeo tan enorme. ¿Tiene usted un cigarro? ¡Pero cómo es posible que haya confundido el Canadá con Nueva Jersey!—añadió mientras encendía el cigarrillo que el teniente le había dado sin dejar de mirarle fijamente y con expresión de duda.

—Mire, todo lo que usted dice será verdad, pero lo mejor que puede hacer es presentarse en la Jefatura y hablar con el comandante. Sígale.

Tim siguió al oficial y penetró en el despacho del comandante sin perder aquel aplomo que le daban sus pocos años y el afán firme de prestar servicio como voluntario en las Reales Fuerzas Aéreas.

Redmon explicó el caso del recién llegado y se retiró dejando a Tim Baker frente al comandante, que tardó unos minutos en dirigirle la palabra, como si meditase de antemano lo que había de hacer con aquel muchacho que se presentaba así, inopinadamente, saltando todas las barreras y violando todas las leyes.

—Señor Baker—dijo al fin con voz grave y lenta—. ¿No ha oído usted hablar de la ley de neutralidad?

—Sí, señor. No se habla de otra cosa en los periódicos.

—Entonces, ¿por qué la ha in-

Irvingido usted deliberadamente?

Tim Baker sonrió con aquella su sonrisa franca y jovial y dijo con una sincera hombría de bien:

—¿Y qué diferencia hay entre que yo deje el avión en territorio nacional y ustedes tiren de él con una cuerda, como si fuera una enorme ballena pescada en el Atlántico, o en que yo lo traiga hasta aquí para evitarles tan enojosa maniobra? Sea como sea, el avión ha de pasar a sus manos. Lo único que he hecho es ahorrarles trabajo. No engañamos a nadie ni nadie se perjudica...

—Señor Baker, no vamos a discutir ahora eso y mucho menos en ese tono. No queremos poner en situación delicada a un Gobierno amigo y creo que no se le permitirá de nuevo traer hasta aquí otros aviones. Buena días. Puede usted retirarse y regresar rápidamente a su país, antes de que nos veamos obligados a dar parte de... de ese acto.

Tim Baker sonrió de nuevo, miró al comandante y comentó, sin moverse de su sitio:

—Si quieren ustedes llevar una guerra lenta e inacabable, allá ustedes. Yo no hacía más que abreviar tiempo.

El comandante asió fuertemen-

te, carraspeó nervioso y luego añadió:

—Si sabe usted de buenos pilotos que quieran enrolarse en nuestras filas, dígales que necesitamos hombres capaces que lleven a Inglaterra los bombarderos. Les pagamos muy bien.

—¡Interesante! ¿A qué llama usted "pagar bien"?—preguntó Tim, viendo que los cosas se iban poniendo en el terreno que a él le interesaba.

—Mil dólares por vuelo... y los gastos pagados.

—¡Mil dólares! —exclamó Tim, echando a volar al aire su gorra.

—Claro que no queremos que lleven nuestras aves vía Berlín, con el pretexto de que se han de emplear en aquellas cercanías—explicó con marcada intención el comandante.

—¡Mil dólares por vuelo! ¡Es interesantísimo! ¡Mil dólares por vuelo!—exclamaba Tim, que no salía de su asombro y que ya se sentía millonario.

—¿Envío una nota al superintendente de Vuelos, dándole su nombre y aptitudes?—preguntó el comandante al que ya se había contagiado el optimismo del muchacho.

—¿Y por qué no se lo dice por teléfono? Quiero aceptar el empleo

U N A M E R I C A N O E N L A R. A. F.

mientras aun estoy lleno de entusiasmo.

—No es una mala idea, Baker—replicó el comandante, tomando el teléfono y marcando el número.

—Gracias, señor. Y a propósito, Inglaterra queda al Este, ¿verdad? No me vaya a pasar como al venir aquí, que creyendo ir a Nueva Jersey he dado con el Canadá.

—Inglaterra queda al Este. Ya le he advertido que no nos interesa que los bombarderos vayan línea Berlín—rió el comandante mientras esperaba contestación a su llamada telefónica.

Tim Baker quedó así enrolado en las fuerzas canadienses como piloto aviador encargado del transporte de bombarderos a Inglaterra. Era un empleo como jamás hubiera podido soñar. ¡Mil dólares por vuelo! ¡Si aquello era mucho más de lo que él quería!

Todo se tramitó rápidamente, como han de hacerse las cosas en tiempo de guerra, y unas horas más tarde, con todo el equipo preciso, despegaba el gran bombardero que pilotaba Tim Baker con rumbo a Inglaterra, surcando el Atlántico en una línea trazada con mano segura en el éter y que sólo la brújula podía marcar.

—Bien, ya estamos de viaje —murmuró Tim Baker cuando ya lle-

vaban algunas horas de vuelo y no había entre ellos más que las dos grandes inmensidades: la del mar y la del cielo— ¿Sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué?—inquirió el piloto ayudante prestando atención.

—Que si yo consiguiera encontrar el modo de regresar volando al Canadá en lugar de hacer la travesía por mar, podría hacer un viaje semanal.

—Mejor será que te fijas bien esta vez y no conduzcas el avión a tontas y locas. Aquí no hay señales de tráfico y bien pudieras equivocarte la ruta, como has hecho, llegando al Canadá sin sospecharlo—le embromó el otro.

—Si lograba regresar, volando podría hacer un viaje semanal, cuatro viajes al mes, cincuenta y dos por año. Dejando dos semanas de vacaciones, serían cincuenta mil dólares.

—Pero, ¿qué tonterías estás diciendo?

—¡Cincuenta mil dólares!... ¿Te das cuenta? ¡Cincuenta mil dólares en un año! ¡Vaya guerra, muchacho!

Tim sonreía feliz a la idea de los cincuenta mil dólares. Ya sabía que era un sueño irrealizable, ¡pero era tan bonito soñar!

Londres les esperaba con su ros-

tro habitual. En aquellos primeros tiempos de la guerra, Londres seguía siendo la ciudad de los dulces hogares, de las iglesias repletas de público religioso, de las tiendas abarrotadas de género y de compradores, de los bares ofreciendo la tentación de sus succulentos manjares, de la carne asada y la mantequilla; de las vistosas corbatas de escolares, de la niebla y del tráfico nunca interrumpido. Era, en fin, el verdadero corazón de Inglaterra en el que no había hincado todavía su garra el monstruo de la guerra.

Rendidos por la fatiga, aniquilados por la tensión nerviosa que representa el salto transatlántico, Tim Baker y sus compañeros se habían quedado profundamente dormidos en el fondo del taxi que los llevaba a través de la niebla y de las calles apretujadas de tráfico, hasta el hotel del que habían dado la dirección y ante cuyo portón se detuvo el coche sin que ninguno de sus ocupantes se decidiera a bajar.

El chofer les sacudió:

—Vamos, despierten, despierten, que ya han llegado. ¡Ya estamos en el hotel!

—Déjame en paz—murmuró Tim dando media vuelta y arrellanándose mejor para seguir sumido en su profundo sueño.

—Tienen que bajar aquí, señores

—insistió el chofer—. No puedo quedarme estacionado.

Lentamente y de mala gana salieron del taxi. Realmente estaban rendidos y los párpados les pesaban obligándoles a cerrar los ojos.

—Creo que voy a dormir hasta que salga el barco—murmuró Tim, dando su maleta al conserje del hotel mientras en torno suyo los chicos vendedores de periódicos se apretujaban ofreciéndole las últimas noticias de la guerra, las ediciones extraordinarias con las declaraciones de Hitler, la situación de Bélgica y Holanda, etc., etc.

Nada lograba sacar de su abstracción a Tim Baker, adormilado y rendido, hasta que la silueta de una mujer encantadora, que llevaba un perrito atado a una correa, llamó tanto su atención que, abriendo los ojos como si el sueño hubiera huido de ellos para toda la eternidad, exclamó:

—Pensándolo bien, puedo dormir durante el viaje de regreso... Vuelvo en seguida.

Se acercó a la muchacha y lanzó un maullido gatuno para llamar la atención del perro:

—¡Miau! ¡Miau!

Ladró el perro sobresaltado y su dueña miró en torno suyo también con terror, porque sabía el odio

mortal que su chuchó sentía hacia la raza felina.

Tim se adelantó con su cara ingenua y sonriente y preguntó a la joven:

—¿Ha visto por casualidad un gatito gris-blanco?

—¿Un gato? No, no, señor. No le he visto, pero le he oído maullar.

—Es un gato muy lindo. Siempre le tuvimos en casa y se nos ha escapado. Es de agora, de pelo largo, con los ojos...

Se interrumpió al ver a un apuesto oficial acercarse a la señora del perrito, besarla familiarmente y darle con despreocupado acento, como si no la hubiera encontrado hablando con un desconocido:

—¡Hola, encanto!

—¡Hola, cariño!—replicó la dama del perro, devolviendo beso y saludo y olvidándose de aquel muchacho que estaba allí, ante ella, con la boca abierta de asombro.

—¿Es un amigo tuyo?—preguntó el oficial.

—No, no, es un muchacho que ha perdido un gato y lo está buscando.

—¡Pobrecillo! Debe estar muy apenado. Se pone cariño a los animalitos. ¡Vamos, encanto!

Se alejaron sin hacer ningún caso más de Tim ni de su gato, a tiempo que silbaban las sirenas de

alarma y un grupo de enfermeras corrió de un lado a otro llevando ambulancias y conduciendo heridos en unos ejercicios de defensa anti-aérea organizados para enseñar al público la manera de manejarse en el maremágnum de un bombardeo, si es que éstos llegaban.

La que conducía al grupo de muchachas enfermeras daba órdenes terminantes y concretas y la gente se precipitaba hacia los refugios a toda prisa, con serenidad, con la sonrisa en los labios, porque todo aquello no era más que un simulacro.

Una de las chicas cogió a Tim y le obligó a tenderse en una camilla diciéndole con energía:

—¡Echese! Estése usted quieto. Está usted muy mal herido y le voy a llevar a la enfermería. No se mueva.

Tim se dejó conducir y miraba a su alrededor con verdadero asombro. Era la primera vez en su vida que se encontraba en semejante situación de herido fingido. Y no le disgustaba verse rodeado de atenciones y cuidados. Sobre todo no le disgustaba porque la enfermera que se encargaba de él era una muchacha bonita, decidida, de ojos brillantes y labios tentadores.

La que gobernaba a todo el grupo de enfermeras se acercó a la muchacha y le dijo:

—Miss Brown, recuerde que los conductores de las ambulancias responden de las mantas. Cuando termine la inspección cuide de que las enrollen bien una a una y las devuelvan. No hay que olvidar que todos los heridos son gente completamente sana que puede llevarse debajo del brazo alguno de las mantas.

—A la orden, lady Fithug—replicó la muchacha cuadrándose militarmente con una gracia encantadora y muy femenina.

Lady Fithug fué inspeccionando todas las camillas, viendo el trato que se había dado a los heridos fingidos.

—Este vendaje está demasiado apretado, afójelo un poco—decía a una—. Necesita un imperdible para sujetar bien esa venda —añadió a otra. Y a otra más—: Tape bien a su paciente, no vaya a enfiarse y compliquemos su situación... Bien, esa fractura de cuello no está muy bien tratada, pero puede mejorarse...

Así inspeccionó toda la sala y luego se despidió de sus chicas, ya que había cumplido su misión.

—Pueden todos continuar en camino—dijo a los que habían actuado de heridos en aquel simulacro. —Y muchas gracias a todos por la colaboración que nos han prestado.

Cuando lady Fithug hubo salido de la gran sala donde estaban congregados y mientras la señorita Brown enrollaba las mantas como se le había ordenado, Tim la llamó y le dijo, mostrándole el vendaje pésimo que llevaba en torno al cuello:

—¿Podría atenderme a mí, señorita?

La enfermera se volvió, le miró detenidamente y gritó, reconociéndole de pronto:

—¡Tim! ¡Pero si es Tim!

—¡Hola, encanto!—replicó Tim, que la había reconocido desde el primer instante.

—¡Oh, qué alegría verte! Pero, no esperaba encontrarte por aquí. Es decir, no esperaba encontrarte en parte alguna.

—No me extraña. Pero lo cierto es que nadie puede estar enfiado más de un año.

—Y si —aseguró Carol, frunciendo un hocquito muy gracioso.

—¿Tú? ¿Enfadada tú? ¡Soy yo el que debería estar ofendido! Cuando regresé a nuestro pueblo después de mis estudios encontré que te habías marchado dejando solamente una simple nota de despedida.

—Debí dejar un revólver atado a la puerta para que disparase cuando tú entraras—dijo Carol, recor-

dando todo aquel pasado que en un momento había revivido en ella.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? ¿Qué culpa tengo yo de que me sorprendiera una tempestad y tuviera que dar un rodeo?

—Sí, un rodeo que se llamaba Irene — comentó la muchacha muy seria.

—¡Ah! ¿Esto es lo que creíste? ¡Ya sabía yo que en cuanto pudiera hablar contigo quedaría todo aclarado y deshecho el malentendido! Yo te voy a explicar...

—¡Explicar! Es lo único que sabes hacer: eres un gran cuentista. Pero no te molestes, no me interesan los cuentos que tú explicas. Nosotros dos hemos terminado, ¿te enteras? ¡Se acabó del todo! Puedes marcharte y dejarme en paz.

—Bonita manera de tratar a un hombre que acaba de cruzar, de un solo vuelo, el Atlántico sólo por venir a verte—murmuró Tim, dejando caer sus palabras como quien no quiere la cosa.

Carol le miró fijamente y le preguntó llena de asombro:

—¿Has venido volando?

—Sí. En cuanto supe que estabas en Inglaterra nada pudo detenerme...

—No te creas.

—Te lo prometo, encanto, es de

veras. He cambiado mucho. Vas a sorprenderte.

—A mí ya no logras sorprenderme tú—aseguró Carol, que conocía bien al muchacho.

—Espera un poco. No creerás que me voy a conformar con esa respuesta, después de volar cinco mil kilómetros para verte.

—¡Déjame! Tengo que trabajar y no puedo perder el tiempo escuchando tus majaderías.

Carol siguió recogiendo las mantas y doblándolas cuádradosamente, mientras Tim la contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Eres un soldadito muy lindo, Carol — comentó en voz alta, siguiéndola de cerca—. No es mala idea la de enrollar a las coristas. Parece imposible que no hubieras pensado antes en esto.

—No soy corista, ni sé por qué has de reírte de mis deseos de ser útil a la humanidad. Por las noches bailo en...

—¿Dónde? — preguntóle Tim, viendo que la muchacha se interrumpía.

—No te importa nada. ¡Y no te acerques a mí!

—Hablas como si estuvieras hablando con el Tim Baker de antes. El Tim Baker de ahora es muy distinto—aseguró el aviador, poniéndose muy serio, como si estuviera

diciendo una gran verdad—. Oye, ¿qué daño puede haber en ponerme a prueba? Voy a hacer una cosa: me quedaré en Londres. Aquí necesitan aviadores.

—Sí, la R. A. F. necesita aviadores, pero a ti no puede interesarte el oficio. Si no recuerdo mal, todo lo que sea ganar menos de mil dólares mensuales no te interesa...

—¿Por qué desconfías de mí?— preguntó Tim, que estaba empeñado en reanudar sus relaciones con Carol, a la que la Providencia había puesto de modo tan inopinado ante él—. Yo tengo ideales, como los tienen los demás.

—Equivocaste la palabra. Quieres decir "ideas" y no "ideales". Pero en este caso tus ideas no sirven.

—Oye, nena, no seas así—suplicó Tim con voz tierna, de niño mimado—. Desde que tú te marchaste no he vuelto a mirar a otra mujer.

—Pues yo sí he mirado a otros hombres.

—Puede ser; pero, seguramente, no del mismo modo como me miraste a mí aquella primera noche en Kansas. ¿Recuerdas? Tú ibas

hacia el Este y yo hacia el Oeste, nos vimos y yo cambié de dirección. Aun sigue el mismo cariño que me empujó a cambiar de rumbo. Claro que hemos estado distanciados algún tiempo, pero ahora estamos reunidos otra vez y algo queriéndote como entonces.

La había cogido entre sus brazos y la acercaba a sí cada vez con más ímpetu, cuando la voz de lady Fithug le sobresaltó:

—¿Qué está usted haciendo, joven?— preguntó, encarándose con Tim.

—Iba a besarla—respondió éste con naturalidad.

—Me parece que no aprecia usted la seriedad de nuestro trabajo.

Tim besó apasionadamente a Carol y ésta, después de haberse deshecho de aquel beso, sonrió a su jefe diciéndola:

—Lo siento, lady Fithug.

—¡Debiera darles vergüenza su comportamiento!— exclamó lady Fithug, muy digna.

Tim volvió a besar a Carol y la muchacha ya no opuso resistencia a aquel segundo beso que volvía a unirle al único hombre al que había amado sinceramente.

Aquella misma noche Tim Baker entró en el restaurante donde sabía que Carol hallaba y se sentó ante una de las mesas más próximas a la pista, sin preocuparse poco ni mucho de si estaba o no reservada de antemano.

Un camarero que se acercó a él atentamente le hizo saber que no podía ocupar aquella mesa porque estaba reservada.

—¿Por quién? — preguntó Tim, despreocupado.

—Por lord Derby, señor—replicó el camarero, pronunciando con respeto el nombre de aquel cliente.

—Yo creo que Su Señoría preferirá algo más apartado de la pista. Dele la mesa que me va a dar a mí — dijo Tim, sin moverse, porque estaba en un lugar tan estratégico que no quería abandonarlo por nada del mundo.

El camarero no se atrevió a contradecir a aquel oficial, ya que Tim iba irrefragablemente vestido con uniforme de piloto aviador de la R. A. F., y resolvió el asunto sentando a la misma mesa a los dos

caballeros, puesto que no había ninguna mesa desocupada en todo el vasto salón del restaurante.

Tim no se fijó en el que estaba sentado al otro lado de su propia mesa, porque las chicas del coro habían absorbido toda su atención y escuchaba embehold la canción que Carol entonaba desde el centro de la pista a tiempo que bailaba con todas las chicas iluminadas por los reflectores que les daban un aspecto de algo irreal y maravilloso.

Cuando el número terminó Tim aplaudió con todas sus fuerzas y su compañero de mesa hizo lo mismo a tiempo que comentaba en voz alta:

—¡Es magnífica! ¿Verdad?

—Sí, muchísimo — afirmó Tim, mientras continuaba aplaudiendo.

—¿Quiere usted que se la presente?

—Eh, usted muy amable, pero ya la conozco.

—Entonces, ¿quiere usted presentármela a mí? — dijo el otro, que bebía los vientos por aquella chica

encantadora a la que iba a ver todas las noches que estaba libre de servicio.

—¿Cuáles son sus intenciones? —inquirió Tim, mirándole fijamente.

—Ya comprenderá usted que... que no pueden ser muy buenas—sonrió el interpelado.

—Entonces usted mismo comprenderá que es imposible que yo le ayude.

—Naturalmente, eso creo yo también. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias, voy a reunirme con ella ahora mismo.

—¡Ah, cómo le envidio!—suspiró el otro—. Si hay alguna pausa en su conversación, no deje usted de hablarle del teniente Roger Pillby...

—Si hay una pausa en nuestra conversación no será precisamente para mencionar a nadie. ¿comprende?

—Gracias —replicó Roger, saludando con un gesto muy gracioso y divertido.

Tim fue al encuentro de Carol Brown. Salían todas las muchachas con algarabía de voces y risas. Estaba el público aglomerado en torno a ellas y cada una encontraba a sus amigos que iban a buscarlas y marchaban gozosamente a acabar de pasar la noche, después de su

trabajo en el restaurante. Tim se acertaba a ver a Carol y, deteniéndose a una de las muchachas del coro, le preguntó por ella.

—¿Carol Brown? Hace rato que se ha marchado. Han venido a buscarla unos amigos—le explicó.

—¿Qué plan tiene usted? —preguntó Tim a la chica, que también era muy bonita y bien pudiera sustituir a Carol por unas horas.

—Iba a ver a un amigo, pero...

—¿Podríamos hacer alguna otra cosa?—propuso Tim.

—Quizá sí.

—Bien, pues... ¡nos vemos dentro de quince días!—exclamó Tim echando a correr, porque acababa de divisar a Carol y marchó decidido hacia ella, dejando a la otra con la boca entreabierta de asombro.

—¡Carol! ¡Carol!—le llamó.

—¡Tim! ¿Qué haces aquí?—preguntó Carol mirándole con alegría.

—Te esperaba para llevarte a cenar.

—Quiero decir que qué haces con ese uniforme.

—Me lo ha prestado un amigo—replicó Tim sin inmutarse—. Vayamos a cenar.

—Ya te he dicho que no quiero saber nada más de ti.

—Bueno, pero eso no impide que vayamos a cenar juntos. Luego pa-

gamos cada uno lo suyo y nos vamos cada uno por nuestro lado — propuso Tim.

—¿Cómo has averiguado dónde trabajaba yo?

—Tengo un amigo en el Ministerio de Información. Vamos— insistió Tim.

—Bueno, vamos. Pero voy porque quiero averiguar cómo has conseguido ese uniforme—dijo Carol, cogiéndose de su brazo y marchando con él, contenta y dichosa porque no había dejado nunca de querer al muchacho, a pesar de que reconocía que era el hombre más preocupado y fresco de toda la vasta extensión de la tierra.

Tomaron un taxi para no perder tanto tiempo por las calles, y Carol le dijo, apartándose hacia un rincón:

—Voy a cenar contigo a condición de que la mesa estará siempre entre los dos.

—Por supuesto. Y haremos que el camarero ponga en ella la comida, ¿no?

Carol sonrió.

Dos horas más tarde el mismo taxi les conducía hacia sus respectivos domicilios.

—¡Ha sido una cena muy divertida! — suspiró Tim—. Cada vez que yo acercaba mi silla a la tuya, tú te separabas. ¡Le hemos dado la vuelta completa a la mesa!

—Sí; pero todavía no he conseguido que me dijeras por qué llevas ese uniforme.

—Pues está bien claro: porque quiero ir donde tú vayas, hacer lo que tú hagas, estar donde tú estés...

—¡Hummm! — musitó Carol con acento de duda.

—Créeme, nana. Después de todo somos compañeros de armas, y eso ya es algo.

—Bueno, pero sólo seremos compañeros de armas. ¡Chofer, pare usted aquí! — ordenó Carol, viendo que ya habían llegado a su casa.

Tim descendió del taxi y la ayudó a ella a bajar.

—No te molestes en acompañarme. Puedes seguir—dijo ella, viendo que Tim se disponía a pagar al taxista.

—Te acompañaré hasta la puerta y seguiré a pie. No vivo lejos de aquí—dijo Tim, dando al chofer el importe del viaje y despidiéndolo.

Cuando estuvieron en la puerta de la casa Tim ofreció:

—Te acompañaré hasta la puerta del piso. No creo que haya en ello ningún mal.

Carol consintió. Subieron las escaleras y se detuvo ante la puerta de su piso.

—Bueno, ya hemos llegado. Dijiste que aquí te despedirías como un caballero. ¡Adiós!

—¿No sería mejor que me deja-

UN AMERICANO EN LA R. A. F.

ras entrar... aunque abriéramos las ventanas o algo para tranquilidad tuya? La habitación de un hotel es una cosa muy fría. Déjame quedarme aquí aunque sólo sea esta noche—suplicó Tim—. Ya verás como no te esterbaré.

—Bueno, entra. Pero te advierto

que hagas lo que hagas no va a servirte de nada.

—Te prometo que me comportaré como un caballero respetuoso, considerado y digno—aseguró Tim, entrando en la casa de Carol donde se sentía tan a su gusto que le parecía era su propia casa.

* * *

Entró el coche en el aeropuerto a una velocidad un poco más que regular y chocó, sin que pudieran evitarlo ni unos ni otros, con el de unos oficiales que iban a salir de él.

Carol Brown, que era la que conducía el coche pequeño, miró a los que conducían el otro auto y que le gritaban, sin haberse dado cuenta de con quien estaban hablando:

—¡Eh! ¿Por qué no mira dónde va? ¿Para qué le sirven los ojos?

—Lo siento mucho, no he podido evitarlo—dijo Carol, mostrando su cara bonita y sus ojos sonrientes y traviosos.

—¡Homíre! —exclamaron a un tiempo los dos oficiales que conducían el otro coche—. La que tiene que perdonar es usted, porque la culpa ha sido nuestra —dijeron, vencidos por el encanto de aquella criatura tan femenina y tan suave, tan tentadora y tan alegre que daban ganas de cogerla en brazos y echar a correr con ella para guardarla en casita, como el mejor de los tesoros.

—No, no, la culpa ha sido mía, estoy segura.

—La culpa ha sido nuestra, que no hemos avisado cuando íbamos a retroceder.

—Son ustedes muy amables, pero...—murmuró Carol.

—Espero que no se habrá asustado—dijo uno de los oficiales.

—No, no, nada de eso. Y yo espero no haberles causado ningún daño.

—¡Ea absoluto! ¡No ha pasado nada!

—Bien, me alegro. Gracias. ¡Adiós! —saludó Carol, dando de nuevo marcha a su coche, hasta el parque de estacionamiento y saltando de él con aquella agilidad que le daban sus piernas finas de bailarina.

Los oficiales la miraban asombrados y enbambalados.

—Vosotros marchaos—dijo Morley a sus compañeros, sin dejar de seguir con la mirada a Carol—. Acabo de acordarme que tengo que decir una cosa a Richardson.

—No es mala idea. ¡Ojalá me hubiese acordado yo antes que tú!—comentó el otro—. Dale muchos recuerdos de nuestra parte.

—¿A Richardson?

—No! ¡A ella!

Pero Morley ya no pudo llegar hasta Carol, porque ésta se había tropiezaado de manos a boca con Tim, que la detuvo alegremente.

—¿Qué sorpresa, chita! ¡Ea que

se me olvidó pagar la cena y vienes a cobrarla?

—No. Vengo a un asunto oficial—replicó Carol muy digna—. ¿Cuál es tu avión?—añadió, mirando en torno suyo toda aquella extensión infinita de pájaros de acero.

—Déjate de bromas. Soy el primero en querer saber cuál es el mío, pero se empeñan en hacerme ir a la escuela antes de confiarne un avión—replicó Tim, entristecido.

—¿A la escuela?

—Sí. ¡Mandarme a mí a la escuela! ¡Quieren enseñarme cosas, necesito saber para volar en tiempo de guerra! Y yo sé mucho más de aviación que todos ellos juntos.

—¿Les has explicado que conoces perfectamente la aviación, que tienes práctica y experiencia en el servicio postal?

—Claro que sí. Les he dicho que la aviación no tenía para mí ningún secreto.

—¿Y qué han contestado? —inquirió Carol, intrigada.

—Me dijeron que con tanta experiencia no me sería difícil entender las lecciones que me darían en la escuela—replicó Tim con desaliento.

—¡Ah, vamos! Así no has ganado nada con explicarles todas esas cosas. Bien, supongo que mientras

curses tus estudios no podré verte.

—Claro que podremos vernos, ¡pues no faltaría más! Esta misma noche iré a verte en cuanto termines tu actuación. Ahora que soy estudiante necesito a alguien que me ayude a resolver los problemas.

—¡Hummm! No puedo esperar más—replicó Carol, queriendo marcharse.

—También yo tengo prisa—añadió Tim—. No puedo llegar tarde a una de las clases. Nos veremos esta noche.

—¡Adiós, mala cabeza! ¡Que no hagas enfadar al profesor!

Tim fué a sus obligaciones, pero fué con el alma iluminada por la ilusión, por una doble ilusión: la de convertirse en uno de los mejores pilotos de guerra, como lo había sido hasta ahora en la paz, y la de haber encontrado de nuevo a Carol, la muchacha con la que había sido dichoso allá, en su país, y que ahora podía devolverle de nuevo la dicha con la luz de sus ojos si éstos le miraban otra vez con amor.

Atento como un buen colegial escuchaba las explicaciones que le daba el instructor:

—Este Messerschmitt 109 fué derribado el martes de la semana pasada. Antes de indicarle a ustedes sus puntos vulnerables les hablaré

del informe dado por el piloto del Spitfire que le derribó..

Tim comenzó a distraerse pensando en Carol, en la noche, en la salida del restaurante, en la cena que tomarían juntos y en todo lo demás, mientras el instructor seguía hablando:

—Parece ser que volaba a diez mil metros cuando... Oiga, señor Baker, yo, en su lugar, escucharía con atención, porque quizá necesite con urgencia alguna vez saber estos detalles de un Messerschmitt—dijo, dirigiéndose a Tim.

—Sí, señor—replicó el muchacho volviendo a la realidad.

Mientras Tim estudiaba en su clase de aviación, Carol había llegado a su coche, había subido a él e intentaba en vano ponerlo en marcha, no acertando a explicarse qué podía pasarle al motor que funcionaba maravillosamente y que ahora se negaba a producir las revoluciones necesarias para dar impulso al coche.

Morley, uno de los oficiales que habían chocado con ella a su llegada al aeropuerto, se adelantó y le ofreció una de las piezas del motor, diciéndole sonriente:

—Si volvemos a colocar esto en su coche creo que marchará maravillosamente.

—¿Qué es esto?—preguntó Carol, entre indignada y divertida.

—El rotor de su distribuidor—
replicó Morley.

—¿Es que se ha caído?

—No, señorita, se lo quité yo.
¿No conoce usted las ordenanzas
militares?

—Sí, ya sé que hay algo referen-
te a que se quite alguna pieza del
automóvil para que no se lo pue-
dan llevar los paracaidistas, pero
nunca recuerdo qué pieza es.

—Esta—aseguró Morley—. Hay
que quitarla del distribuidor. Yo
lo he hecho para evitar que le pon-
gan una multa.

—¡Gracias, es usted muy amable!
—dijo Carol con la más encantado-
ra de sus sonrisas.

—Además —añadió Morley con
insinuación amorosa—, sabía que
así era el único medio de conse-
guir hablar con usted.

—¿Es que lo consigue siempre
así con todas las chicas?

—Hasta ahora no había probado
el sistema.

—¿De veras?

—En serio; jamás había pensado
en ello.

—Pues no hubiese podido hacer-
lo mejor si hubiese estado practi-
cando continuamente —comentó
Carol muy burlona—. ¿Lo sabrá co-
locar otra vez?

—Claro que sí—aseguró Morley,

acercándose al automóvil y mani-
pulando en el motor.

Carol se acercó también y dijo,
asomando su cabeza por encima del
hombro de Morley:

—Deje que vea bien cómo lo ha-
ce, para que yo sepa hacerlo otra
vez.

—Si se le pierde, pídale uno al
paracaidista enemigo que encuen-
tre más cerca. Seguramente llevan
piezas de recambio—bromeó Mor-
ley—. Ya sabe que lo tienen todo
previsto.

—Eso dicen.

—Me parece que con esto no he
conseguido nada—comentó Morley
preocupado, porque el coche tam-
poco se ponía en marcha.

—¿Adónde esperaba usted llegar
con un solo rotor?—preguntó Ca-
rol, mostrando el que previamente
había quitado ella para cumplir con
lo ordenado.

Morley soltó la carcajada al ver-
se cogido en su propia trampa.

—Por lo menos esperaba llegar
hasta... hasta saber su nombre.

—¿Y por qué? Yo no sé el suyo.

—Me llamo John Morley.

—Mucho gusto, señor Morley,
y gracias por su cuidado. ¡Adiós!

—dijo Carol, metiendo pie al ace-
lerador y saliendo rápidamente an-
tes de que Morley pudiera seguir
preguntando.

—¡Adiós, matrícula BHX-528!—
gritó Morley, que era lo único que
conocía de aquella chica encanta-
dora.

—¿Es una amiguita soya, señor
Morley? — preguntó a su lado la
voz del capitán.

—Prima, mi capitán — contestó
Morley con aplomo—. Es de Glas-
gow y ha venido a pasar unos días
en Londres.

—¿Y cuando su prima pasa unos
días en Londres se dedica a cantar
y bailar con otras ocho chicas casi
tan lindas como ella en el Regency
House?—preguntó el capitán, que
había reconocido a Carol.

—¡No me diga!—exclamó Mor-
ley con el asombro mejor fingido.
—Temo que mi tía se enfada mu-
cho si llega a saberlo — comentó,
riendo a coro con el capitán, por-
que los dos estaban entusiasmados
con la chica y a los dos les había
hecho gracia el embuste inventado
por Morley para disimular aquel
entusiasmo.

Naturalmente, sabiendo que can-
taba en el Regency House, Morley
no falló aquella noche al restau-
rante y se dirigió sin dudar a una
de las mesas más cercanas a la pis-
ta.

—Lo siento, caballero—le dijo el
encargado de las mesas—, todas es-
tán reservadas y tendré que con-

testarse con otra que yo le daré,
algo más lejos.

—No me interesa, Luis. Quiero
estar aquí para ver bien el coro—
contestó Morley, empeñado en ob-
tener un puesto preferente.

—Eso es lo que quieren todos,
señor: ver bien al coro.

—A ver lo que puedes hacer por
mí, Luis. Me interesa mucho estar
cerca, ¿comprendes?—insistió Mor-
ley, poniendo en manos del cama-
rero una propinilla.

—Hay un oficial de aviación en
una de las mejores mesas—sugirió
el camarero ante aquel gesto con-
vincente.

—¿Un oficial de aviación? ¡Yo
soy jefe de escuadrón! Vamos allá.

El camarero le condujo hasta la
mesa en donde estaba sentado, co-
mo todas las noches, el entusiasta
Roger.

—Usted perdóne, señor—dijo el
camarero con su más fina atención.
—Hubo un error al reservar las
mesas. ¿Me permite que le coloque
en otro sitio?

—Desde luego, no—contestó Ro-
ger sin inmutarse.

—Perdone, señor—insistió el ca-
marero—. Pero estoy seguro de
que su superior se lo agradecerá
mucho.

—Es algo muy importante para
mí—aseguró Morley, a su vez.

—¿Ei quiere usted utilizar su superior jerarquía para obligarme... le advierto que es inútil, porque en estos momentos no me interesa en absoluto la carrera militar — dijo Roger, siempre con la misma naturalidad y fuerza de voluntad que había empleado desde el primer momento—. Ahora bien — añadió más afable—, si quiere compartir mi mesa, no tengo nada que objetar a ello.

—Gracias—dijo Morley sin hacerse repetir la invitación y acomodándose en una silla, frente mismo a la pista.

El camarero dió un suspiro de alivio y murmuró a su vez, inclinándose ante los dos aviaiores:

—Gracias, señor... y a usted también, caballero.

Los dos jóvenes no le hicieron caso, porque el número había dado comienzo y allí estaba, ante ellos, desplegando todo el encanto de su gracia y toda la gracia de su encanto, Carol, la rubia deliciosa que hacía las delicias de todos cuantos la veían y que iba prendiendo corazones en la mágica luz de sus pupilas. Allí estaba ella, rodeada de las coristas, bailando y cantando con un derroche tal de simpatía que al terminar el número, la sala parecía venirse abajo con el estrépito de los aplausos.

—Muy bonita, ¿eh?—dijo Roger, cuando el número hubo terminado.

—Mucho—aseveró Morley.

—Me refiero a la que canta—explicó Roger.

—Y yo también—afirmó Morley.

—¿Quiere usted que se la presente?

—Gracias, pero ya la conozco.

—¿Es posible? — preguntó Roger: con sincero asombro—. ¿Cómo es que todo el mundo la conoce, menos yo? ¿Quiere usted presentarme a mí?

—No: francamente, no quiero. Todo el que busca un competidor es un tonto.

—Estoy de acuerdo, aunque quizá yo lo haría por usted.

—Bueno, gracias por la mesa—dijo Morley cortando la conversación y disponiéndose a marchar.

—Supongo que irá usted a verla.

—Sí.

—Bien, si hay alguna ocasión, ¿querrá hablarle de Roger Pillby? —suplicó Roger.

—Si hay alguna ocasión, no será para hablar precisamente...—replicó Morley, alejándose.

Esperó a Carol a la salida del restaurante y la detuvo al paso, diciéndole:

—Perdone, señorita, no quisiera ponernos pesado...

—Hablemos claro, caballero. No

puede usted ponerse pesado porque lo es desde que nos hemos conocido.

—Ya lo sé. Pero ahora que hemos vuelto a encontrarnos, quizá quiera venir a cenar conmigo.

—No me desagradaría; pero no sé lo que opinará mi marido si hago tal cosa.

—¿Su...?—murmuró Morley, desconcertado—. ¡Ah! ¿Está usted...? ¿Está usted casada?

—Creo que es el único modo de tener marido.

—¿Qué tanto he sido! Podía haber pensado en esa posibilidad, pero no se me ocurrió hacerlo. Quizá a su marido no le agradara que yo le quitase el distribuidor.

—No, me parece que no le agradó mucho—aseguró Carol.

—Claro que no hay nada malo en lo que hice. Al coche no le ha pasado nada y a usted tampoco.

—No, creo que el coche funciona mejor desde que conozco sus interioridades. ¡Adiós!

—¿Me permite que la acompañe hasta su casa?

—No, no, gracias—replicó Carol vivamente—. Mi marido llegará de un momento a otro.

—En fin, si es así... Me alegro de haberla vuelto a ver. ¡Adiós!—dijo Morley, sin moverse del lugar en que se encontraba.

—¡Adiós!—dijo Carol.

Morley se acercó más a ella y le sugirió:

—Pensándolo bien y puesto que su marido no ha llegado todavía, podría sentarme un ratito aquí, a su lado, y fumar un pitillo.

—Es mejor que no le haga. Puede tomarlo a mal—dijo Carol, melancólica.

—No me parece probable. Al contrario, yo creo que lo echaría a broma. ¿Quiere usted un cigarrillo?—preguntó, ofreciendo su pitillera que había sacado del bolsillo.

—No, gracias.

—¿Le molesta que fume?—volvió a preguntar después de haber echado al aire dos o tres bocanadas de humo, muy cerca del rostro de Carol, para que su perfume fuera para ella una tentación.

—¿Eh?—murmuró Carol, aspirando deliciosamente el humo—. No, no, claro que no me molesta. Bueno, deme un cigarrillo. Quizá mi marido se haya dormido y todavía tarde en llegar.

—Eso es. Me parece muy razonable.

Encendió el cigarrillo que había dado a Carol y la contempló largamente en silencio como si quisiera fijar honda su imagen.

—El... trabaja de día—explicó Carol, queriendo huir de aquella

mirada atrayendo de nuevo el recuerdo del supuesto esposo, para que se interpusiera entre los dos.

—¿Sí?

Y sonreía maliciosamente, pues había visto que Carol no llevaba en su dedo señal alguna de compromiso.

—Y me temo que le haya ocurrido algo malo. Nunca tarda tanto en venir. Mejor será que me vaya—repuso Carol, hurtando su mano a la curiosidad de Morley.

Carol se levantó y Morley hizo lo propio, acompañándola hasta la calle y abriendo la portezuela del coche, cuando de pronto sonaron las sirenas de alarma con su largo y lúgubre gemido.

—Yo la conduciré a usted, si lo desea.

—No, no, gracias; no es necesario.

—Necesario, no; ¡pero sería tan agradable para mí!

—¡Alarma aérea! ¡Al refugio! ¡Todos al refugio!—repetían de un lado y otro los encargados de hacer cumplir con las ordenanzas prescritas para aquellos casos—Todos al refugio... Todos al refugio...

—Gracias...—dijo Morley al que les había avisado. Y luego, cogiendo del brazo a Carol, añadió:

—Vamos a refugiarnos en aque-

lla iglesia. Parece muy tranquila.

—Vamos... Lo natural es que no tiren bombas contra una iglesia—replicó ella, siguiéndole.

Entraron. Había ya algunas personas más que también habían buscado refugio en el lugar sagrado.

—Parece que no ha sido una idea original—comentó Carol—Otros han pensado lo mismo que nosotros.

—Pasemos delante. Allí hay más sitio. ¿Sentémonos aquí?—dijo Morley, ofreciendo un banco solitario ante una tumba de un personaje ilustre.

Carol se sentó y permaneció en silencio, pero a Morley no le gustaba el silencio.

—Yo conocí a ése—dijo, por el que estaba allí enterrado.

—¿Sí?—inquirió Carol.

—Sí. Era muy orgulloso. Bajó a la tumba convencido de que el Señor había creado sólo dos clases de personas: él y el resto del mundo... Si estuviese aquí esta noche estoy seguro de que no aprobaría que entrase tanta gente...

—Debe ser ésta una iglesia muy elegante—comentó Carol.

—Mucho. Aquí se casan las personas de nuestra mejor sociedad... Y a propósito, ¿se casó usted en la iglesia?

—No—sonrió Carol.

—¿En el Juzgado?

—No.

—¿En el Registro Civil?

—¿Por qué le interesa tanto mi vida privada?—preguntó Carol esta vez, en lugar de contestar.

—Porque me interesa usted mucho, miss Brown—afirmó Morley sin ambages.

—Pues si le interesa sepa usted que no soy casada.

—¿No me diga!

—Se lo dije a usted para desanimarle.

—Pues hizo efecto... Ya ve como me he desanimado—dijo él, mirándola amorosamente.

—Entonces... le diré que es usted un hombre muy agradable.

—¡Ah!...—suspiró él en el mejor de los mundos.

—Aunque para mí llega usted tarde.

—Ya comprendo. Quiere usted decir que hay otro... Pero quizá haya alguna esperanza. Usted me encuentra agradable y no está usted casada... Seguramente, a menos que su matrimonio se vaya a celebrar dentro de media hora, tengo aún una oportunidad...

Carol hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Debe estar usted muy enamorada de él.

—Locamente.

—¿Y sabe él la suerte que tiene?

—Yo... creo que sí...

Callaron unos momentos.

—Ya ha cesado la alarma—dijo Morley oyendo el aviso—. Claro que... pueden volver...

—Parece ser que todos opinan que no—replicó Carol viendo que ya todo el mundo iba saliendo de la iglesia.

—¡Tontos!... Es que son poco románticos...

—Vamos...

Salieron de la iglesia y Morley acompañó a la muchacha hasta la puerta de su casa, donde se despidieron.

—Buenas noches — dijo Carol, tendiéndole la mano.

—Nos veremos en el Ivy, a la una, el jueves próximo—dijo Morley, dando por cosa segura lo que ofrecía.

—¿Para qué?

—Para comer juntos.

—No veo que haya motivo...

—Tampoco hay en ello peligro—replicó Morley con vivacidad.

—Está bien... En el Ivy a la una. Buenas noches.

—Buenas noches... Supongo que me creerá si le digo que es la primera alarma ésta que me ha gustado.

—Seguramente porque la ha pasado usted en una iglesia—replicó

Carol, sonriendo mientras desaparecía por la escalera.

Al llegar a su piso encontró a Tim que se disponía a salir.

—Son las dos... Has tardado mucho y yo he de regresar a mi escuela—le dijo, al verla llegar.

—Espero que por mí no cambies tus planes—replicó Carol que estaba un poco ofendida porque Tim no había ido a buscarla aquella noche.

—No, no, nada de eso... Quise ir a esperarte... pero estaba rendido.

—¿Qué tal las clases?

—Una lata... Un individuo nos ha estado hablando de cosas elementales una vez y otra y otra... ¡Siempre lo mismo! Llegué a aburrirme... Por eso me vine aquí a echar un añecillo en vez de ir a recogerte en Regency — explicó Tim.

—No tiene importancia—dijo Carol distraída, mientras iba guardando todas sus cosas.

—No te pongas así, mujer... No estás enfadada... Por lo menos ya ves que no me he ido con nadie.

—¿De veras? Pues yo sí—replicó—. Con un hombre encantador. Si hubiese sabido que estabas aquí le hubiera dicho que entrara.

—¿Sí, eh? ¿Quieres ponerme celoso?

—No es eso. Te digo la verdad. Voy a comer con él el jueves.

—Bueno... supongamos que es verdad que te ha acompañado otro. Pero yo sé que tú me quieres a mí—aseguró Tim, convencido de lo que decía, porque estaba seguro del amor de Carol.

Luego la besó y salió a la calle para encaminarse a la escuela.

* * *

Los estudios habían terminado. Los pilotos aviadores estaban ya suficientemente preparados para entrar en servicio activo y, después de una breve ceremonia de final de curso en la que se les exhortó al fiel cumplimiento de su deber, les fué asignado a cada uno el puesto que habían de ocupar y se les indicó que se presentaran a sus superiores inmediatamente. Estaban en guerra y todo tenía que hacerse sencillamente, sin grandes ceremonias, con la precipitación que imponían las circunstancias.

Tim fué nombrado Piloto oficial del escuadrón número 61. Y el jefe del escuadrón número 61 era Morley. El destino ponía frente a frente a aquellos dos hombres enamorados de una misma mujer, sin que supieran el uno del otro que sus corazones estaban prendidos en un solo amor.

Tim Baker, vestido irreprochablemente con su uniforme fiaman-

te, fué a presentarse a su superior que le esperaba en su despacho.

—¿Qué hay?—inquirió Morley al ver al muchacho frente a él.

—Se presenta el piloto Baker, mi comandante—aplicó Tim saludando militarmente.

—¡Ah, sí, es americano!

—Me han colocado a sus órdenes, señor.

—Así es y me alegro de tenerle conmigo, Baker—dijo Morley con simpatía— Siéntese.

—Gracias, señor—contestó Tim sentándose respetuosamente ante su superior.

—En este momento estaba examinando su expediente y veo que es excelente.

—Pues si es tan bueno, mi comandante, ¿por qué no me destinaron a los cazas?—preguntó Tim.

—En la R. A. F. se destina a cada uno al puesto más indicado para él—replicó Morley—. Ya verá usted que también es interesante un bombardero.

—Puede que haya quien guste

de esas cosas, pero eso de volar tranquilamente sobre el Ruhr en un bombardero, no es lo que yo creo más emocionante.

—¿Ha pensado bien en lo que dice, Baker? Ir en un casa es emocionante; se sube rápidamente y se acaba pronto... Pero es muy distinto estar allá arriba, en un bombardero, cinco o seis horas, siendo blanco fácil para el enemigo.

—Podrá ser así, mi comandante —replicó Tim Baker que era obstinado—, pero creo que a mí no me ha de gustar. Yo soy muy nervioso. No me gusta esperar tranquilamente esas cinco o seis horas.

—Ya procuraremos que entre usted en acción para que esté contento... Pase, pase, Wales—añadió Morley oyendo la voz de su ayudante que pedía permiso para entrar—. Le presento al oficial piloto Baker, destinado a nuestro Escuadrón. El oficial Wales—presentó Morley.

Los dos hombres se saludaron y se miraron como queriéndose conocer de una sola ojeada.

—Estoy seguro, señor Baker, de que aquí se encontrará muy a su gusto!

—Sí... seguro... así lo espero—murmuró Tim, que no estaba muy convencido.

Morley se levantó y dijo a Tim:

—Venga conmigo, quiero presentarle a los otros, a todos los que desde hoy serán sus compañeros, a todos los que forman mi Escuadrón.

Le llevó a la habitación en donde estaban todos reunidos y se los fué presentando.

—Señores—dijo Morley—, éste es el piloto Baker, americano, destinado a nuestro Escuadrón. Oficial piloto Sterling... Richardson... Oficial Graves... Oficial piloto Thorndyke... Oficial Watson... y el oficial Pillby.

—¡Hola!—exclamó Roger Pillby con sorpresa—. ¡Yo le conozco a usted... es el primero que no quiso presentarme a Carol Brown en el Regency House...!

—Sí, ya recuerdo—rió Tim, estrechando la mano de aquel hombre cómico—. ¿Cómo está usted?

—¡Es curioso esto! Usted no quiso presentarme a Carol... y Morley tampoco quiso presentarme a Carol... Y ahora los dos que no quisieron presentarme están aquí reunidos. ¡Hay que ver lo que son las casualidades de la vida!

Tim miró a Morley con atención y dijo, sonriendo sin alegría:

—Parece ser que estamos mucho más relacionados de lo que creíamos, señor.

—Sí; eso parece...

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted a la señorita Brown?

—No, no mucho.

—Yo hace tiempo que no la veo... Me han tenido casi secuestrado con todo ese entrenamiento a que nos someten. ¿Cómo está?

—Muy bien, muy bien—replicó Morley, pero se notaba que los dos hombres estaban molestos hablando de aquel asunto.

El mismo Roger cambió la conversación.

—Le voy a enseñar todo nuestro apartamento... Este es el salón azul... y allí está el salón de los espejos, donde celebramos nuestras fiestas... Mire, aquí voy grabando los nombres de todos los que formamos el Escuadrón. Voy a ver si cabe el suyo. B. A. K. E. R. ¡Estupendo! Cabe muy bien. Empecé a grabar nombres desde que supe coger un cuchillo, por eso lo hago tan bien. No tuve tiempo de inscribir el nombre del pobre Wilson. Es el chico a quien usted sustituye. Un buen muchacho...

El timbre del teléfono le hizo callar. Fue Richardson el que se puso al habla y, tras unas breves palabras, colgó el auricular y dijo, dirigiéndose a Morley:

—Nos llaman de la Jefatura.

—Vamos allá.

Precipitadamente acudieron a la

llamada y el capitán les habló en los siguientes términos, dándoles órdenes concretas:

—Su objetivo de esta noche es Berlín. Deseo me traigan informes de reconocimiento. Sobec todo fíjense bien en detalles del terreno, concentraciones de tropas y material que no estén ya indicados. Cada avión llevará doscientas mil octavillas que han de lanzarse sobre la capital y los suburbios...

—¿Octavillas? —inquirió Tim, que no soñaba más que en bombas, en peligros, en destrucciones, en hazañas guerreras, en todo lo que en su imaginación joven y calenturienta representaba ser piloto aviador afiliado a la R. A. F.

—Sí, Baker, octavillas que a veces son más eficaces que las bombas, y siempre mucho menos peligrosas... ¿Tienen algo más que preguntar, señores?—dijo el capitán.

—No, capitán.

—Bien, sincronicen sus relojes: ahora son exactamente las quince y treinta y dos. Buena suerte.

Marcharon al campo de aviación y prepararon el aparato para el vuelo, cargándolo con las octavillas que eran todo el material que iban a arrojar por aquella vez sobre Berlín.

—No estoy en la guerra... —comentó Tim muy malhumorado—.

Estoy como antes, llevando el correo...—dijo, mientras iba entregando los paquetes de octavillas.

El cabo se le acercó y le preguntó:

—¿Es usted el señor Baker?

—El mismo... Bombardeiro, navegante, cocinero y friegaplatos, todo en una pieza... Pero no se preocupe por eso... Yo soy como aquel que fué en viaje de novios sólo por ver mundo...

—Me ha extrañado su nombre... porque yo también me llamo Baker, Harry Baker... A lo mejor somos parientes—dijo el cabo.

—Puede ser... ¿Su apellido es con B?—preguntó Tim.

—Sí; B A K E R... Baker.

—Blea, Baker.... Si no somos parientes, como si desde ahora lo fuéramos—dijo Tim estrechando la mano del muchacho.

Se colocaron cada uno en su puesto, se cerraron las puertas y el avión emprendió el vuelo conducido por Morley. Cruzaron el Canal sin que nadie hubiera desplegado los labios y continuaron el viaje surcando el cielo de Francia y Bélgica hasta llegar, en aquella línea recta trazada en el éter, sobre la gran ciudad alemana que ya había recibido el aviso de la llegada del bombardero y se preparaba a lu-

char contra él con toda la potencia de sus armas antiaéreas.

—Ya estamos cerca del objetivo—dijo Morley desde su puesto—Todos atentos a su obligación.

—Los de abajo no bromean... aunque nosotros lo hagamos—dijo Tim, escuchando el estallido de las granadas que lanzaban los antiaéreos y viéndose enforado por todos los reflectores que iban siguiendo el paso del avión a través del cielo negro de la noche.

—Vaya a ayudar al cabo Baker—ordenó Morley.

Tim se acercó a Baker, que estaba rompiendo los paquetes de octavillas para lanzarlas al espacio.

—Deja, hombre, deja; eso no se hace así... ¡Se tiran los paquetes enteros y se acaba antes—dijo Tim, cogiendo los paquetes y arrojándolos con furia, desesperado de ver se obligado a lo que él estimaba un juego de niños cuando tenía ansias de gestas heroicas.

El cabo Baker se quedó un momento un poco sorprendido, pero luego le ayudó a arrojar los paquetes enteros a través del lanzabombas que esta vez no despedía odio y muerte, sino que ofrecía posibilidades de paz a los hombres de buena voluntad.

• • •

La persistencia del timbre telefónico obligó a Carol a envolverse en la toalla del baño y salir de la ducha que estaba tomando, para contestar.

—¡Va voy... ya voy... ¡Ay... qué prisa tienen!...—comentaba mientras se arrebujaba y corría hacia el aparato—. Diga... diga... diga... ¿Qué? ¡Tim!... Sí, soy yo... Diga... Díme, sí, Tim, soy yo, Carol...

—Oye, encanto—replicó la voz de Tim a través del hilo—, creo que voy a retrasarme un poco... Nos entretuvieron las señales de tráfico en Berlín... y he tenido que dormir unas horas para tener mejor aspecto. ¿Te molesta que haya estado en Berlín?

—No, no, claro que no... ¿Cuánto vas a tardar?

—Cuarenta y cinco minutos exactos—contestó Tim—. ¿Conformes?

—Conformes.

—Hasta ahora mismo.

—Hasta ahora... ¡pero no tardes más, Tim!—rogó Carol.

Y dejando el teléfono corrió a abrir la puerta que no cesaba de sonar con insistencia.

—¡Dícselo mío!—exclamó, escondiéndose tras la puerta al ver que el que llamaba era Morley.

—Espero no llegar en un momento importuno—dijo éste, riéndose.

—Es que... me estaba duchando y... Bueno, espere un instante... Cierre los ojos y cuente hasta tres... Luego puede pasar.

Morley obedeció, contó hasta tres con los ojos bien cerrados, mientras Carol corría a su habitación, y luego entró, cerrando la puerta.

—Como estaba a treinta y dos calles de aquí... he pensado en venir un momentito—dijo, levantando la voz para que Carol pudiera oírle desde donde estaba.

—Salgo en seguida—dijo Carol, vistiéndose a toda prisa.

—Sabía que hoy no había función, y como tengo 48 horas de permiso he venido a invitarte a

que me acompañe a casa de mis padres, en Kent—dijo Morley.

—¡Oh... lo siento, pero ya estoy comprometida!

—¿No puede usted anular su compromiso?

—Me parece que no.

—En determinados momentos la informalidad hace que nos precien más...—insinuó Morley.

—O que nos desprecien—corrigió Carol.

—Puede ser... Pero lo cierto es que me estropea usted el fin de semana.

—¿No puede usted ir solo?

—No — negó Morley rotundamente.

Carol entró en el saloncito, acabando de abrocharse el vestido.

—Confío en que me dispensará mi facha... pero me he arreglado tan de prisa...

—¿Está usted maravillosa! Bueno, no me queda más remedio que irme al club y refunfuñar por haberme quedado en Londres... Me marcho...

—No tenga usted tanta prisa—rogó Carol.

—¿Para qué prolongar mi suplicio?—inquirió Morley, apesadumbrado—. Es mucho mejor acabar cuanto antes... Pero volveré a insistir la semana que viene, con más tiempo. ¡Adiós!

—¡Adiós!—saludó Carol, acompañándole hasta la puerta.

—¿No se viene conmigo?

—No.

—No sabe usted lo bonito que está Kent en esta época del año. Bueno, me voy... ¡Adiós...!

Le costaba trabajo despedirse. Pero no había más remedio. Carol no era de las muchachas que rectificaban sus decisiones. Había dicho que no y era inútil insistir. Se marchó. ¡Qué remedio hacía contra aquel mal! Era preciso ser fuerte. Y Morley fué fuerte dejando sola a Carol que esperaba con impaciencia a Tim, aunque este detalle era por completo desconocido de Morley.

Tim estaba vistiéndose en su habitación, acicalándose con cuidado y contemplando en el espejo su imagen para convencerse a sí mismo de que había de gustarle a Carol. Así le encontró Roger Pillby.

—¿A dónde vas?—le preguntó.

—A Londres.

—¿A verla a ella?

—Has acertado.

—Yo también voy a Londres—dijo Roger—. ¿No habría posibilidad de...?—insinuó.

—¡Ni pensarlo, muchacho!—negó Tim con firmeza.

—Veo que no tienes espíritu de



—¡Tim! ¡Pero es Tim!



—Desde que tú te marchaste no he vuelto a mirar
a ninguna otra mujer.



—¿Ha sido una cena muy divertida?



—Bueno, ya hemos llegado. Dijiste que aquí te despedirías como un caballero.



*—¿Hace mucho tiempo que conoce usted
a la señorita Brown?*



Tim estaba vistiéndose en su habitación...



*Subieron la escalera de puntillas y llamaron
a la habitación de Carol...*



—¡Vaya... ya era hora de que llegaras!



...cogió una de las flores y se la puso en el ojal...



—¡Me pidió que me casara con él!



—Y ahora vete, por favor... ¡Vete!



—Parece que nos gustan a los dos las mismas flores.



—Son soldados alemanes.



—¡Atriba las manos!



El combate de Dunkerque estaba en todo el punto de su horror.



Y, naturalmente, Tim y Carol se casaron.

camaradería—replicó Roger, frunciendo el labio cómicamente.

—Oye, Roger... ¿cómo va uno a Londres cuando tiene mucha prisa?

—Pues... si que no tiene coche... va al pueblo y toma el tren... Se tardan unas tres horas.

—¡No está mal!... ¡Y yo que le dije que tardaría tres cuartos de hora!

—Llegarás con dos horas y cuarto de retraso... si es que el tren llega a su hora—dijo Roger, sacando las cuentas como un perfecto matemático.

—Bueno... vamos... date prisa—apremió Tim, viendo que Roger andaba con toda calma.

—No, yo no tengo prisa... porque tengo coche... ¡Adiós!—dijo Pillby, muy ufano.

—¿Que tienes coche?—inquirió Tim— ¡A eso le llamo yo suerte! Teniendo tú coche... yo...

—No vengas con insinuaciones, muchacho... Tú no quieres presentarme a esa chica y yo no quiero llevarte en mi Austin. ¿Comprendes?

—Pero, hombre... no digas tonterías!—exclamó Tim subiendo al coche de Roger— Si yo tendré sumo gusto en presentarte a miss Brown...

—Entonces... yo encantado de llevarte a la ciudad—aseguró Ro-

ger, poniendo el coche en marcha.

Pero al entrar en el pueblo y cruzar una de sus calles, Tim gritó, viendo pasar junto a ellos a un gran amigo:

—¡Ah... Al! ¡Al Bennet!... ¡Para, Roger, para! ¡Es Al Bennet, un amigo mío de América! Quiero presentártelo. ¡Para!

Roger apretó los frenos y paró frente a Al que se lanzó en brazos de Tim y se golpearon fuertemente las espaldas en un abrazo cordial:

—¡Tim... granuja! ¿Cómo estás?

—¿Y tú? ¿Qué haces en Inglaterra?

—En el servicio de transportes. ¿Y tú?—inquirió Al, a su vez.

—Pues... heredé un Ducado y el testamento estipulaba que tenía que servir antes en la R. A. F.... ¡Ah!, te presento al oficial Roger Pillby... Al Bennet—dijo Tim, presentando a sus dos amigos.

—Bien... yo creo que este encuentro hay que celebrarlo—dijo Al— ¿Qué te parece, si entramos en ese bar?

—A ti siempre se te encuentra frente a un bar—comentó Tim— Vamos, Roger.

—Por qué no lo dejamos para otro rato?—preguntó éste— Recuerda que nos esperan en la ciudad.

—Es cuestión de un instante... Vamos... Aun llegaremos una hora antes que en el tren... ¿Cuándo has llegado, Al?—preguntó Tim, mientras los tres entraban en el establecimiento de bebidas.

—Ayer, al amanecer. Creo que he establecido un nuevo record. He tardado ocho horas y doce minutos.

—Ocho horas y... ¡Desde luego menos tiempo que yo! ¡Bravo, muchacho!

En el bar leyeron un anuncio en el que se decía que se temía la invasión de Bélgica por los alemanes.

—¡Tonterías!—exclamó Tim—. Esta vez ni siquiera lo intentarán. Tres cervezas—ordenó a la camarera que acudió a atenderles.

—La mía amarga—dijo Roger.

—Aquí, cuando uno pide whisky se lo dan escocés de veras—comentó Al con chunga.

—Y cuando pides hielo... te dan agua hirviendo—replicó Tim, siguiendo la broma—. ¿Qué tal te va el oficio, Al?—preguntó luego.

—¡Estupendo! Sigo trayendo aparatos... tres cada mes. Yo podría ser ya rico, si no fuese mi mujer la que cobra el sueldo.

—Sí; es bastante dinero el que ganas... ¡lástima que no sea todo para tí!

—¿Y a ti cuánto te dan?

—¿A mí? ¡Me pagan en sellos!—replicó Tim, riendo.

—¿Bebamos a la salud de miss Brown?—propuso Roger.

—¿Brown? ¿Carol Brown?—preguntó Al, asombrado—. ¿Es que también está aquí?

—¿Eh que también la conoce usted?—preguntó a su vez, y no con menor asombro, Roger Pillby.

—¡Claro! La conocí cuando la conoció Tim.

—¡Todos la conocen, menos yo!—suspiró Roger, románticamente—. Menos mal que hoy es mi gran día... es decir, mi gran noche... ¡Esta noche voy a reunirme con miss Brown!

—Oye, oye, no tan de prisa... ¡No voy a hacer más que presentártela—corrigió Tim.

—Ya lo sé... Pero como en la guerra se vive tan de prisa, si ocurre algo ya me tiene a mí para llorarla... ¡Hasta es posible que llegue a poseer el anillo de Pillby!

—¿Y qué es eso del anillo de Pillby? ¿Alguna maravilla?

—Un anillo de oro, muy feo y que nada vale... pero que dice la tradición familiar que siempre lo consigue la mujer más digna.

—¿Y cómo lo sabe?—preguntó Al.

—¡Ah... por eso no lo llevo nun-

ca encima... para no darlo a una mujer que no sea digna de él! No me fio ni de mí mismo. ¡Pero qui' sabe si no está destinado a que lo luzca miss Brown! Es decir... contando con que tú me ayudarás... y no pensarás vivir eternamente...

—Otras tres cervezas — ordenó Al a la camarera, porque los vasos ya estaban vacíos.

—No, no, veréis... yo creo que debemos marcharnos...—arguyó Roger, que tenía prisa en llegar a Londres.

—Deja, hombre, ahora ya los has podido... ¡Hemos de beberlos!—dijo Tim, que estaba entusiasmado charlando con Al de tiempos pasados—. ¿Qué hacen los demás?—preguntó a éste, sin hacer ya caso de Roger.

—Siguen transportando... todos menos Heck Newman.

—¿Qué le pasó? ¿Se ha estrellado?

—No. Se intoxicó merendando. Oye, ¿no sabes que Slip Mason está aquí y se ha casado con una gran dama y tiene mucho dinero y una finca muy hermosa?

—¿Slip?

—Sí.

—Me gustaría verlo... Fíjate, Roger, ese Slip fué una vez volando

cabeza abajo desde San Luis hasta Nueva York.

—¡Ah!, ¿sí?—dijo Roger muy distraído y aburrido de escuchar todo aquello que a él no le interesaba en absoluto.

—Sí, y luego...—quiso continuar Tim.

Pero Roger le interrumpió:

—¿Sabes qué hora es?

—Ya es tarde. Tenemos que marcharnos. Vamos a Londres, ¿sabes?—dijo Tim a Al.

—También yo iba hacia allá. ¿Podéis llevarme? Y nos detendremos un momento a saludar a Slip que estará muy contento de verte. Nos coge de paso.

—Bueno... pero entraré solo un instante—dijo Tim. Y volviéndose a Roger que estaba cada vez más nervioso e impaciente, añadió:

—Aun llegaremos más pronto que en el tren.

—Sí... eso es lo que la liebre dijo a la tortuga—comentó Roger.

Tim no le hizo caso y siguieron su camino, despreocupados en absoluto de todo lo que no fuera revivir el pasado de todos sus amigos de América.

Unas horas más tarde el auto de Roger paraba ante la casa de Carol.

—Aquí es—había dicho Tim, que estaba medio adormilado.

—Estás seguro de que es aquí?
—insistió Roger, que no tenía la seguridad de la clarividencia del cerebro de Tim en aquellos momentos.

—Te lo juro.

—¿Estará bien que suba yo?— preguntó tímidamente el pobre Roger.

—¡Claro que sí! No hay inconveniente alguno para que no subas.

—Es que son las cuatro de la madrugada... Como díjate que era cosa de un minuto el detenernos en casa de Slip... y que nos pillaba de paso... ¡Más cerca vive Slip de Glasgow que de Londres!

—Sí, tienes razón... Pero tampoco podíamos negarnos cuando nos ha invitado a cenar.

—¡No, si lo de menos ha sido la cena! Lo peor ha sido que habéis contado la vida y milagros de todos los pilotos de América. ¡No sabía yo que había allí tantos pilotos!

Subieron la escalera de pantillas y llamaron a la puerta de Carol. Como nadie contestaba, Tim, que conocía las costumbres de la muchacha, cogió la llave de debajo del felpudo y abrió, llamando en voz baja primero y luego cada vez más alto:

—¡Carol!... ¡Encanto!... ¡Vidita!

—¡Cállate, que debe estar durmiendo—dijo Roger, avergonzado de aquel asalto.

—Pero si estábamos citados, ¿cómo había de dormirse?

—Puede que le entrara sueño.

—Le despertaré—dijo Tim, entrando en el dormitorio y encendiendo la luz—. Pues no hay nada—comentó al ver el cuarto vacío.

—Pues debería estar en casa a estas horas—comentó Roger.

—¿Qué te parece cómo son las mujeres? Total, porque nos hemos retrasado un poco...

—¡Tanta prisa para nada!—suspiró Roger.

—Yo se lo dije bien claro; le hablé por teléfono y le dije que vendría.

—Puede que haya ido a algún recado—fue todo el comentario que se le ocurrió a Roger al que las constantes libaciones de aquella noche también habían enturbiado un poco el cerebro.

—¿Quieres beber algo?—ofreció Tim, disponiéndose a escanciar un poco de licor para hacer el cómputo de todo lo que llevaban bebido.

—¿Vas a beber tú?—preguntó Roger, siempre prudente.

—Yo sí.

—Entonces... no voy a dejarte que bebas solo, muchacho.

—No comprendo por qué se ha marchado—comentó Tim mientras buscaba en todos los rincones alguna botella que contuviera algo fuerte y reanimador.

—Para todas las cosas hay siempre una razón sencilla, en la que nunca pensamos.

—También es extraño que no haya nada para beber. Siempre tiene algo para los amigos.

—No será de las bromistas, ¿eh?—angirió Roger.

—¿Qué quieres decir?

—Que no será de las que se esconden debajo de la cama...

—No... bajo esa cama—dijo Tim, mostrando la cama de Carol que era bajísima—no puede esconderse nadie.

En efecto, Carol no estaba escondida bajo la cama, sino que estaba a muchos kilómetros de Londres, en Kent, paseando por un paisaje de ensueño, al lado de Morley, que había conseguido llevarla allí, como él había soñado, en aquel fin de semana que era para él, y en aquellos momentos, el mejor de su vida.

—¡Es todo tan hermoso y tan apacible!—suspiraba Carol, llevada por el romanticismo del ambiente

que la rodeaba— ¡Nadie pensaría que estamos en plena guerra!

—No estoy muy seguro de ello—replicó Morley sonriendo—. A lo mejor de detrás de esos arbustos sale mi padre, o cualquier otro miembro de la Guardia Metropolitana. Siempre vigilan por si llegan paracaidistas...

—¡Ah!...

—Oye... ¿quieres que vayamos a la casa por un atajo? A lo mejor resulta ser el camino más largo—propuso Morley corriendo tras Carol por aquellas laderas fragantes.

—Vamos...—asintió Carol. Y luego, un poco preocupada, continuó:

—No sé si se da usted cuenta de lo que para mí representa todo esto... estar en una casa tan hermosa, que parece haber existido siempre, siempre, desde los más remotos siglos...

—Casi puede decirse que existe desde entonces. Esa parte es la más moderna de la casa, y se construyó en mil setecientos cuarenta y ocho—explicó Morley—. El ala opuesta data del tiempo de la conquista normanda. Claro que hace muchos años que no la habita nadie.

—A lo mejor todavía hay allí normandos—comentó Carol, riendo, aunque un poco medrosa de todo aquel pasado fabuloso.

—Esto mismo decía yo cuando era niño.

—¿Y pensar que yo, en mi pueblo, también vivía en la casa más antigua... y sólo tenía treinta y dos años!—comentó Carol—. No tenía ninguna clase de comodidades. Era en Oklahoma...

—Me parece que ha debido usted pasar por muchas vicisitudes en la vida—insinuó Morley, ansioso de conocer más profundamente a aquella encantadora criatura.

—No tiene usted idea. Nos fuimos a Kansas a una casa muy bonita con agua corriente fría y caliente... y un huracán se llevó el tejado de la casa...

—¿Y otra vez se encontró usted en el arroyo!

—Quizá exagero un poco al contarle mi vida... No todo ha sido malo. También tuvimos una casa en Nueva Rochelle y no le pasó nada. Era una casa muy linda... pero de todos modos prefiero ésta, con todo su pasado glorioso y ensalzador.

—Puede ser suya... si usted quiere—dijo Morley, acercándose más a ella y enlazándola por la cintura mientras seguían caminando lentamente.

Carol le miró con aire burlón.

—Hablo en serio—afirmó Mor-

ley, dando una profunda gravedad a sus palabras.

—¿Qué es lo que se dice... en casos parecidos a éste?...—murmuró Carol—. Es tan repentino que...

—Más repentino hubiese sido de habérselo dicho cuando lo pensé... en la iglesia... la noche del bombardeo... ¿Quiere casarse conmigo, Carol?...—propuso Morley muy seriamente.

También Carol se puso a tono con la seriedad de su compañero.

—No puedo, Morley—contestó con sinceridad.

—¿Por qué no?

—Por muchas razones...

—Expóngales. Yo se las iré refutando una a una.

—¿Qué dirá su padre?

—Nunca se ha opuesto a ninguno de mis deseos.

—¿Sabe que sólo nos hemos visto seis veces?

—Cree en el flechazo, y esto basta.

—¿Sabe que soy una bailarina del Regency House?

—Sí... y sólo se preocupó de preguntarme si realmente bailaba bien.

—¿Y que mi familia procede de... de Oklahoma?

—Eso se lo iré diciendo despacito, cuando ya estemos casados...

—¿Es eso todo lo que tiene usted que

oponer a mi proposición? — preguntó Morley, viendo que Carol no proseguía con sus preguntas.

—No... no es todo... Hay algo más...—murmuró lenta y gravemente la muchacha.

—Entonces... se trata de Baker, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe usted?—inquirió ella, sorprendida.

—De buena fuente. Me lo dijo él mismo—confesó Morley.

—Pues sí, es verdad, la razón más poderosa es Tim Baker.

—¿Se va usted a casar con él?

—¡Oh... dejemos eso! —suspiró Carol con el pensamiento lejano, recordando todo lo que había habido entre ella y Tim allá, en América, en el país de las libertades y de la inconsciencia.

—¿Tanto le ama usted?

—No, no le amo... Creo que jamás le amé ni le amaré... pero cuando estoy a su lado me olvido de todo esto y creo que le amo más que a nadie en el mundo... Es algo extraño y difícil de explicar. Estuve un año entero sin verle y creí que... que ya le había olvidado para siempre... pero al volverle a ver... ¡todo volvió a ser igual que antes!

—Comprendo —dijo Morley bajando la cabeza, vencido.

—Ya sé que es usted mil veces

más digno que Tim de ser amado. Usted es todo lo contrario de lo que es Tim, y yo lo reconozco...

—Entonces debe usted casarse inmediatamente conmigo —aseguró Morley, que no acertaba a comprender toda aquella complicada psicología femenina.

—¿Aun sigue decidido a ello después de... de todo lo que sabe?

—¡Claro! Si Baker le ha hecho el amor en otros tiempos, son cosas que no tienen importancia en el presente... El pasado no existe... Sólo el presente es nuestro y es lo único que puede importarnos.

—Pero... es que yo no estoy segura de mí misma... no puedo aceptar...

Morley la miró largamente, profundamente. Nunca había entendido bien a las mujeres, pero a aquella todavía la comprendía menos. ¡En fin! Era preciso aceptarla tal como ella se presentaba. Morley no era de los que gustaban forzar al destino. Lo dejaba todo en sus manos. Además, estaban en guerra, los dos eran aviadores, los dos estaban expuestos a idénticos peligros... y algún día, terminada la contienda, a Carol le sería más fácil decidir... porque algún obstáculo podía haber desaparecido para entonces.

* * *

Entró Carol en su casa despreocupadamente, después de aquel fin de semana pasado en un mundo que ahora le parecía irreal, visto a distancia, en un mundo que le había sido hasta entonces desconocido y que había llevado a su imaginación la imagen de épocas preteritas, incomprensibles para su espíritu de muchacha ultramoderna, nacida en Estados Unidos y educada en un ambiente que mira más hacia el futuro que hacia el pasado.

Abrió de par en par la ventana por la que entró a borbotones la luz primaveral y vio a Tim tendido en el diván, durmiendo profundamente.

—¿Qué haces tú aquí?—le preguntó Carol, sacudiéndole violentamente.

—¡Vaya... ya era hora de que llegaras!—replicó Tim, despertando y dando un brinco.

—Te pregunto qué es lo que estás haciendo en mi casa—insistió Carol.

—Habíamos quedado que vendría a verte... ¿no te acuerdas?

—Sí... pero eso fue ayer—replicó Carol, volviéndole la espalda con enojo.

—Ya lo sé, encanto, y siento mucho haberte hecho esperar tanto, pero...

—No te preocupes... no necesito explicaciones...

—Ya sé que esta vez no tengo disculpa, Carol... pero lo cierto es que me encontré con Al Bennet, ya le conoces tú, mi compañero inseparable allá, en el pueblo, ¿te acuerdas? Y empezamos a charlar de unos y de otros y perdí la noción del tiempo...

—Claro... eso le puede pasar a cualquiera... —comentó Carol con mucha ironía, mientras iba colocando en los jarrones las flores que se llevara del campo y que le había ido cogiendo Morley en su largo paseo por las praderas de Kent.

—¡Qué flores tan bonitas!—exclamó Tim, queriendo congraciarse

con Carol—. ¿Dónde las has cogido?

—En el campo.

—¡Ah!... ¿Has estado en el campo?

—Sí.

—¿Sola?

—No.

—¿Y lo has pasado bien?

—¡Maravillosamente!

Una pausa. Un silencio pesadísimo. Una mirada enojada de Tim. Una fingida distracción por parte de Carol. Luego continuaron:

—¿Con quién has ido?

—Con un amigo.

Nuevo silencio. Nueva mirada enojada, pero ahora mezclada a una tristeza extraña, por parte de Tim. Nuevas idas y venidas de Carol, fingiendo no darse cuenta de la lucha que sostenía el muchacho en su espíritu. Y tras la larga pausa la voz de Tim, voz de niño hallado en culpa y que trata de explicar el porqué de su diablura:

—Oye, nena... ya sé que me he portado mal, y lo siento infinito... ¿No quieres perdonarme?

—¡Zero si no hay nada que perdonar! ¡Yo me he divertido mucho!—afirmó Carol, complaciéndose en hacer daño a aquel hombre que tanto daño le había hecho a ella.

—Bueno... tanto mejor... Ya lo

que quiero es que no estés enojada conmigo.

—No, no, si no estoy enfadada, no hay motivo alguno para que lo esté.

La actitud de Carol desmentía en absoluto lo que sus palabras decían. Tim se pasó por la habitación, cogió una de las flores que Carol se llevara del campo y la puso en el ojal de su chaqueta. Luego, encaminándose hacia la puerta, dijo:

—Bueno... tendré que marcharme ya.

—Sí, es lo mejor que puedes hacer... es ya muy tarde...

—¡Adiós, Carol!

—¡Adiós!—respondió la muchacha, sin volver el rostro y sin mirar a Tim.

Recogió éste todas sus cosas, dió aún algunas vueltas por la habitación en espera de que Carol le mirara o le dijera algo, se encaminó otra vez hacia la puerta, volvió sobre sus pasos y dijo, queriendo convencerla y conseguir separarse sin enojo:

—Carol, te repito que lamento mucho todo lo ocurrido... Te he pedido perdón repetidas veces en pocos minutos... ¿Cuándo vas a perdonarme de verdad?

—Pero... ¿por qué dices todo esto? Francamente te repito yo

también que no entiendo lo que estás diciendo, porque yo he pasado un fin de semana delicioso, gracias a ti.

—¿Quieres dejar de seguir fingiendo? ¡Anda, empieza ya a gritarme, lléname de insultos y así te quedarás más tranquila! —rogó Tim, que conocía a Carol y sabía que todos sus enfados se diluían en un ataque de histerismo.

—¿Por qué te voy a gritar?—replicó ella con la más perfecta calma—Tengo que confesarte que me alegré mucho de que no vinieras ayer, como habías prometido.

—Oye... oye...—murmuró Tim, ya un poco receloso ante la actitud fría y tranquila de Carol—. ¿Qué significa todo esto?

—Nada... salvo que hemos terminado.

—No digas tonterías, nena—murmuró Tim, tratando de abrazarla y besarla, beso y abrazo que Carol rehusó rápidamente.

—Te he dicho que hemos terminado, pero no como otras veces, sino para siempre, ¿entiendes? ¡Para siempre!

—Buena... por lo visto esta excursión al campo ha debido ser una excursión sumamente interesante cuando te ha cambiado de tal forma.

—Sí, ha sido muy interesante.

—Supongo que él no se pasaría todo el tiempo recogiendo flores...

—No, en efecto, no pasó todo el tiempo recogiendo flores como una ninfa... sino que hizo algo muy varonil, algo que a ti jamás se te hubiera ocurrido hacer... algo que tú ni siquiera comprendes... ¡Me pidió que me casara con él!—exclamó Carol, con los ojos brillantes de lágrimas.

—¡Ah!... ¿Conque eso era todo? ¿Por qué no lo has dicho antes? Si tanto deseas casarte... puedes casarte conmigo—propuso Tim con aquella su despreocupada indiferencia que tantas veces había exasperado a Carol sin ver que tras ella se ocultaba todo un cúmulo de encontrados sentimientos.

—¿Estarías dispuesto a hacer por mí un sacrificio tan grande?—inquirió Carol con un acento en el que había sorpresa, ironía, amargura y un destello de esperanza.

—Sí. Si tú quieres nos casamos hoy mismo—dijo él en el mismo tono con que podría proponerle a beber juntos un vaso de cerveza.

—Eres muy amable, Tim—replicó Carol conteniendo a duras penas su coraje—. Una declaración así, tan romántica, es la ilusión suprema de todas las chicas... Pero para que te enteres bien, antes me casaría yo con un... bueno, con

cualquiera, menos contigo. En fin... gracias por tu ofrecimiento que no acepto... Y ahora vete, por favor... —ordenó con fuerza, porque sentía que ya no podía más—. ¡Y saca de mi casa a ese otro imbécil amigo tuyo que está ahí roncando! —gritó, mientras corría a la puerta y salió de la casa precipitadamente dando un portazo que despertó a Roger, el cual apareció en la puerta de la habitación y preguntó con aquel aire entre ingenuo

y tonto que le daba un aspecto de una comicidad irresistible:

—¿He oído entrar a alguien?

—No... ¡La has oído salir!—replicó Tim, de mal talante.

—¿Era ella?

—Sí... ¡Ella!

—¡Caramba!... ¡Caramba!... ¡Ya he perdido el tiempo otra vez!—comentó Roger, rascándose la cabeza como si intentara hacer brotar de ella una idea luminosa que le favoreciera.



Cuando Tim Baker y Roger Pillay entraron en la habitación de los oficiales aviadores, estaban algunos en torno al receptor radiofónico escuchando lo que decían a través del éter.

—“Se indican grandes concentraciones de tropas alemanas a lo largo de las fronteras holandesa y belga”—decía la voz de la radio—. “Parece ser que se confirman las sospechas de un ataque repentino sobre los dos países...”

—Eso lo sabía yo desde hace muchos meses—dijo Tim con aquel aplomo tan suyo que le hacía afirmar las más disparatadas cosas.

—¿De veras?—inquirió Richardson.

—Talento americano... ¡un verdadero genio! —comentó Roger, que el día anterior había oído decir a Tim, en el bar donde habían estado bebiendo en compañía de Al Bennet, que los alemanes no intentarían en absoluto atacar Bélgica como habían hecho en la anterior ‘conflagración’, porque los

tiempos eran muy otros y no se atreverían a semejante disparate.

Tim le fulminó con la mirada, porque captó la ironía.

Wales les dijo:

—Lo cierto es que se han anulado todos los permisos y que el jefe ha recibido órdenes de que estamos todos preparados... Conveniría que le avisaseis de que ya estáis de vuelta...

—A lo mejor nos ordenan que echemos folletos de bienvenida sobre los Países Bajos—dijo Tim, que estaba muy decepcionado de las acciones guerreras en las que le hacían tomar parte.

—¿Qué os pasa?—inquirió Wales, mirando a Tim y a Roger—. Parecéis algo cansados.

Roger se estiró la chaqueta, se arregló el nudo de la corbata y replicó con énfasis, dándose mucho tono:

—La verdad es que... lo he pasado durmiendo en cierta casa... estupendamente...

Tim no dió explicación alguna

y fué a presentarse al comandante Morley.

—A la orden, mi comandante. Nos ha dicho Wales que preguntaba usted por nosotros y vengo a decirle que ya estamos aquí, otra vez en casita...

—Entonces, procure hacer usted lo que yo hago: póngase el uniforme—contestó Morley.

Tim le miró, vió en el ojal de su chaqueta una florecilla idéntica a la que él llevaba en la suya y comprendió quién había sido el "encantador" compañero de Carol en aquella maravillosa excursión campestre.

—¡Es gracioso! —comentó, con una sonrisita forzada.

—¿Qué es gracioso? —preguntó Morley.

—Parece ser que nos gustan a los dos las mismas flores...

—Sí... eso parece.

—La verdad es que parece que a los dos nos gustan las mismas cosas...

—Puede que tengamos en común más cosas de las que nos figuemos—insinuó Morley.

—Quizá... ¡Pero Carol no será una de ellas! —replicó Tim con energía.

Roger les interrumpió con su aparición.

—Mi capitán, le llaman por te-

léfono de la Jefatura con toda urgencia—dijo.

Y mientras Morley corría a ponerse al habla, Roger dijo a Tim:

—Algo grave está ocurriendo. Nos necesitan a todos en seguida. Ponte pronto el uniforme.

Poco después estaba todo el Escuadrón 61 formado ante el capitán que les daba órdenes concretas:

—Su objetivo esta noche son los astilleros de Dortmund—les dijo—. Hay grandes concentraciones de tropas motorizadas y de material. Sin duda encontrarán ustedes fuerte resistencia aérea, y, para alguno de ustedes, será ésta la primera vez que entren en fuego con el enemigo. Pero ya veo en sus rostros que no les asusta tal cosa. Bien, nada más, señores. El oficial de información les transmitirá ahora los detalles finales. ¡Buena suerte!

—Gracias, mi capitán.

Después de aquellas palabras fueron al aeropuerto y prepararon los aviones. Cada uno ocupó el puesto en el que le correspondía y minutos después emprendían el vuelo que podía ser, para alguno de ellos, el último de los vuelos en que tomara parte.

Los pilotos hablaban entre ellos a través de la radiotelefonía y así iba en la más perfecta formación

toda la escuadrilla de bombarderos de la que era jefe Morley.

Tim Baker iba al lado de Morley, en el mismo aparato. La suerte les había unido en el servicio y parecía querer desunirles en su vida privada interponiendo entre ellos el amor de una misma mujer. Iban los dos reconcentrados y atentos a sus deberes, olvidados en aquellos momentos decisivos de todo cuanto no fuera el más estricto cumplimiento de lo que se les había ordenado.

Tim lanzó a Morley una pequeña llamada.

—¿Qué?—preguntó éste que no apartaba sus ojos de los mandos del avión.

—Dentro de seis minutos estaremos sobre nuestro objetivo.

—Bien... Caho... preparado para el bombardeo... Voy a bajar algo más e intentaremos atacar desde setecientos metros. El tiro será más seguro.

Hizo Morley lo que había dicho y el avión descendió en un giro perfecto, sin hacer caso de las baterías antiaéreas de los enemigos que desde tierra disparaban y les enfocaban con sus potentes reflectores.

—¡Abrid las compuertas de bombas!—ordenó Morley a través de su aparato de radio.

—¡Ya están!—contestó Tim.

—Bien... ¡Fuego! —ordenó el jefe.

Cayeron las bombas y grandes columnas de humo anunciaron su estallido.

—¡Buena puntería, Baker! —comentó Morley desde su puesto de observación.

Pero un proyectil antiaéreo había dañado también en el aparato de Morley y había estropeado uno de sus motores.

—Este aparato se está portando muy bien.—comentó Morley— A pesar de ir con un solo motor se le gobierna fácilmente.

Roger se dio cuenta, desde su avión, de que algo anormal estaba ocurriendo al aparato de Morley.

—A aquellos de allí les pasa algo: no consiguen salir de la luz de los reflectores; voy a bajar a ver si puedo apagar alguna. ¡Eh, muchachos!—les gritó a través de la radio—, ya habéis estado en esa luz bastante tiempo. Voy a bajar a echaros una mano.

—¡No haga tal cosa, Roger, no haga tal cosa! —ordenó Morley, contestando a aquella llamada—. Vuelva a su base. No haga tal cosa.

—Ya no puede ser, mi comandante. Voy hacia abajo a la fuerza —contestó Roger, que también había sufrido avería en su avión.

—¿Qué le pasa?—preguntó Tim.

—¿No puede hacer subir a su aparato? ¡Salga de esos reflectores o le van a acribillar!

—¡Oh, no hay que preocuparse!—contestó Roger, que no perdía su buen humor ni aun en los momentos de mayor peligro—Esos señores son tan amables que nos enfocan las luces para que no nos asuste la oscuridad. A mí no me gustaba estar a oscuras cuando era pequeño. No quería entrar en las habitaciones con la luz apagada, y seguramente por eso me gustan tanto las salas de fiesta nocturnas. ¡Ahí va eso, granujes!—gritó, lanzando una tacha de ametralladora contra uno de los reflectores, que se apagó. Pero el avión había sido de nuevo alcanzado y comenzaba a incendiarse por la cola.

—¡Saltad a tierra, muchachos!—ordenó Roger a los que iban en su aparato—. ¡Ya no podemos hacer nada! ¡Saltad a tierra!

Pero no hubo tiempo de ello. El avión, envuelto en llamas, fué a estrellarse contra el suelo sin salvación posible para ninguno de sus tripulantes.

Morley, desde su puesto de observación, había seguido, tenso y angustiado, toda aquella rápida tragedia, y gritó, como si con aquel grito pudiera todavía salvar a sus compañeros:

—¡Pillby! ¡Pillby! ¡Pillby!

—¿Qué ha pasado?—inquirió Tim, que no se había podido dar cuenta del accidente.

—Se han estrellado—comentó Morley con la voz grave y apagada.

—¿Les ve usted?

—Sí... están ardiendo. No han tenido tiempo de saltar del aparato. Nosotros no podemos dejar que nos pase lo mismo. Nuestro avión comienza a fallar también. Ordeno que se preparen todos a saltar a tierra. Estamos a setecientos metros. Todos con los paracaídas y a saltar. Vamos, Baker, vaya con los demás y prepárese también—ordenó, viendo que Tim seguía a su lado sin moverse—. Mando que salte, Baker—insistió, viendo que el muchacho se negaba a obedecerle.—Perdemos altura rápidamente. Salte, como los demás.

—No, no, yo prefiero seguir aquí, es más cómodo—replicó Tim, que no dejaba de otear el horizonte.

—¡Haga lo que se le ordena!—gritó Morley—No podemos seguir en este cacharro agujereado por todas partes.

—Bueno, salte usted, porque yo no veo ningún riesgo de seguir en el avión. Debajo de nosotros hay una playa muy hermosa, un magnífico sitio para aterrizar sin peligro ninguno.

—¿De veras?—Inquirió Morley, mirando hacia abajo y con el pecho lleno de esperanza.

—¡Caramba! — exclamó Harry, mirando también hacia abajo— ¡Ea verdad! Hay una playa magnífica a nuestros pies.

—Síntesc, cabo, que vamos a aterrizar—ordenó Morley.

El avión aterrizó rápidamente, quedando empotrado en la playa, sin que ninguno de sus tripulantes sufriera daño alguno. Los tres brincaron del aparato. Morley felicitó a Baker:

—¡Magnífico. Tim, te felicito!—le dijo.

—Gracias.

—¿Dónde le parece que estamos?

—Yo creo que en Holanda—replicó Tim— ¿No es aquello un molino de viento?

—Sí. Creo que estamos de suerte. Aterrizamos en un país neutral cuando yo ya me esperaba ir a parar a un campo de concentración para todo el resto de mi vida. Ahora apártense los dos, voy a incendiar el aparato. En seguida me reúno con ustedes.

Morley prendió fuego al avión y corrió a reunirse con sus compañeros.

—Hay de todo menos tulípanes — comentó, mirando la campiña completamente muerta—. Pero la

suerte nos acompaña: aquí hay una barca, el mar ante nosotros... ¡y hasta quizá algún holandés que nos lleve hasta Inglaterra!

Pero el optimismo que vibraba en estas palabras quedó pronto dissipado. Unas voces extrañas llegaron a ellos y descubrieron a unos soldados alemanes que avanzaban hacia el avión.

—¡Pronto! Escondámonos. Son soldados alemanes—musitó Harry, que fué el primero que les vió.

Corrieron hacia una casita que parecía abandonada en plena campiña.

—¿Alemanes?—preguntóse Morley con extrañeza.

—¿Qué estarán haciendo en Holanda?—añadió Harry.

—¡Aprisa, aprisa, escondámonos pronto antes de que nos descubran! Caminen agachados, busquen las sombras, así, ya estamos en la casa—iba diciendo Morley, que seguía sintiéndose el jefe de su escuadrón, aunque ahora no eran más que tres hombres solos perdidos en territorio enemigo.

Les pareció que la casa estaba desierta. Pero allí había una mesa y un aparato de radio. Todo daba la sensación de que había estado ocupada hasta hacía muy poco rato.

—¿Habremos caído en la boca del lobo?—preguntó Morley, pre-

ocupado, mirando el aparato de radio con detenimiento.

Una voz les dejó paralizados a todos:

—¡Arriba las manos! — ordenó, en alemán, aquella voz.

No se habían dado cuenta de que en la casa vigilaba un oficial alemán todos sus pasos y manejos. Realmente acababan de caer en la boca del lobo. Los tres obedecieron prontamente al verse encañonados por la pistola del alemán.

—¿Qué dice? — preguntó Tim, que no conocía más idioma que el suyo propio.

—Que levantemos las manos. Haga lo que ordena y no rechiste.

—¡Adelántense! — volvió a ordenar aquella voz de mando a la que tenían ahora que obedecer.

—¿Qué dice? — volvió a preguntar Tim.

—Que avancemos, y hagámoslo, porque de lo contrario puede disparar. En la guerra no hay piedad para el que resiste.

—¡Media vuelta! — dijo la voz de mando.

—Demos media vuelta — tradujo Morley, el único que tenía nociones del idioma en que les hablaba el enemigo.

—¿Cómo han venido ustedes hasta aquí? — preguntó el oficial dirigiéndose a Morley, porque se ha-

bía dado cuenta de que era el único que le entendía.

—¿Qué es lo que pregunta ahora? — indagó Tim con curiosidad.

—Quiero que le digamos cómo hemos venido hasta aquí.

—Ya se lo diré yo — exclamó Tim, enfrentándose con el oficial, al que habló en argot americano—. ¡Hemos aterrizado a la fuerza, amigo! ¿Qué se creía usted, que veníamos a hacerle una visita de cumplido?

Luego se dirigió a sus compañeros y añadió:

—Ya sabía yo que ese idiota no entendía ni una palabra de inglés. Si conseguimos evitar que avise a los demás, aun podremos coger el bote que hay en la playa y marcharnos.

—Marchense ustedes dos — ordenó Morley—. Yo me las entenderé con él.

—¡Heroico hasta el final, eh? — murmuró Tim—. Pues, no, señor; o nos vamos todos o nos quedamos todos. Aquí no hay diferencias.

—Todavía conservo yo el mando y ordeno que cuando yo le ataque ustedes dos se marchen hacia el bote.

—Su discusión es muy interesante, señores — dijo el alemán con calma en el más perfecto inglés.

Pero, por desgracia para ustedes, ninguno podrá salir de aquí.

Harry, enfurecido, cegado por lo trágico de la situación, saltó como un tigre sobre el oficial en un ataque tan inesperado que éste cayó al suelo por la fuerza del empuje, pero disparó su arma tan a boca de jarro que Harry no tuvo ni siquiera fuerza para lanzar un último gemido. Su cuerpo quedó sin vida sobre el cuerpo del oficial.

Morley y Tim aprovecharon aquel momento de confusión para correr hacia el bote y embarcar en él haciéndose a la mar precipitadamente, sin otra preparación ni más ayuda que la que podía prestarles Dios. Los soldados alemanes,

atráldos por el disparo, corrían hacia ellos. Morley y Tim se defendieron con sus pistolas, disparando constantemente. Se turnaban en la defensa. Mientras uno de ellos intentaba poner en marcha el motor el otro disparaba y cuando a éste se le habían acabado las municiones corría al motor y dejaba su puesto al otro. Así, en una lucha encarnizada y sin nombre, en una lucha de fieras acorraladas, lograron hacer a la mar. Los dos estaban heridos. Los dos habían sufrido las consecuencias de aquella contienda. Pero los dos se acordaban de Harry, que había dado su propia vida para salvarles a ellos y oraban en silencio por el eterno descanso de su fiel compañero.

Cuando Tim abrió los ojos se encontró en la cama de un hospital. Tardó algunos momentos en recordar lo que había pasado y no acertaba a explicarse bien por qué se encontraba en aquella sala de hospital cuando sus últimos recuerdos eran el vuelo en avión tratando de aterrizar sobre una playa tranquila.

Una enfermera se acercó a él con el termómetro en la mano.

—¿Dónde estoy?—le preguntó.

—En la Casa de Maternidad—contestó la enfermera.

—¿Y qué hago yo en la Casa de Maternidad? ¿Qué es lo que me pasa?

—Nada grave. Sus heridas eran tan leves que se han curado en seguida. Lo peor era el cansancio. Pero ha dormido usted durante cuarenta horas seguidas y creo que ya está usted bien. Veamos, póngase el termómetro bajo la lengua.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Le he dicho que se ponga esto bajo la lengua—repitió la enferme-

ra obligándole a callarse y a colocar el termómetro donde ella le decía.

Se alejó la enfermera y volvió al poco rato con la ropa de Tim:

—Aquí está su ropa. Ya puede vestirse. Está usted dado de alta—le dijo con aquel hablar escueto que empleaba, porque el trabajo abrumador que llevaban no les permitía entrar en demasiados detalles.

—Oiga, ¿qué ha sido del otro oficial que venía conmigo?—inquirió Tim.

—¿El capitán Morley?

—Sí.

—Se le ha dado de alta hace una hora. Está perfectamente.

Y sin hacerle más caso ordenó a otra enfermera:

—Esta cama queda disponible. Cámbiele la ropa. Y usted, vístase pronto, por favor—añadió, viendo que Tim se volvía a acomodar placidamente en la cama.

—Pero, ¿por qué tanta prisa?—arguyó éste.

—Porque se espera una expedición de evacuados y hay que dejar libres las plazas.

Tim se vistió. Iba casi andrajoso. El uniforme era el que se había resentido más de las últimas horas pasadas. Y aquel aspecto astroso le dió una gran idea.

Llamó a la puerta de la casa de Carol, a la que se encaminó tan pronto como hubo abandonado el hospital. Llevaba el brazo en cabestrillo y una pierna vendada. Verdaderamente su aspecto era lastimoso.

—¡Tim!—exclamó Carol al verle—. ¿Estás herido?

—No, nada, nada importante —sonrió él, andando con dificultad—. Claro que no podré ir muy lejos con un ala rota, pero esto no tiene importancia.

—¿No quieres pasar? Ven, siéntate y descansa—dijo Carol llena de solicitud, apiadada del muchacho al verle en aquel estado tan lamentable.

Tim se sentó haciendo un gesto de dolor y preguntó, después de un breve silencio:

—¿Has visto a Morley?

—No; pero me ha llamado por teléfono. Voy al Savoy a tomar el té con él. Creo que está ileso. ¿Cuánto siento lo que te ha pasado a ti, Tim! ¿Estás bien ahí? ¿Quiere

res que te ponga unos almohadones bajo el pie?

—Sí, gracias, así estaré mejor—dijo Tim, dejándose mimar y cuidar por la encantadora Carol, que le prodigaba sus atenciones.

—Morley dijo que al salir él tú seguías aún en el hospital. ¿Crees que has hecho bien levantándote tan pronto y viniendo hasta aquí? —le preguntó.

—Lo único que puede aliviarme es verte a ti, Carol —murmuró Tim, muy romántico—. Me hace más bien una hora de tu presencia que un día de hospital. ¿Sabes una cosa? Al despertar, después de mi largo desmayo, lo primero que me dijo la enfermera fué: "En su delirio llamaba usted constantemente a Carol. ¿Quién es Carol? ¿Acaso es su esposa?" No sé por qué, pero, ¿sabes qué le contesté? Le contesté que sí. Quizá sea porque es lo que más desco en este mundo.

—Por favor, Tim, no volvamos a hablar de este asunto. Ya sabes que todo ha terminado entre los dos —suplicó Carol, sentándose a su lado y queriendo convencerle de lo que ni ella misma estaba demasiado segura.

—No, si es natural que tú digas eso, después de mi modo de proceder. Pero te aseguro que jamás qui-

me hacerte daño alguno. Es que yo soy así, un poco aturdido, ya lo reconozco. Pero puedo jurarte que no quiero a nadie en el mundo más que a ti.

—Tim, tengo que marcharme. Estoy citada para las seis—arguyó Carol, intentando levantarse.

—Espera un poco, un momento nada más. Mira — añadió echando mano al bolsillo y sacando una sortija de prometida—, quizá esto te convenga. El otro día, cuando me echaste tan despiadadamente, te traía esto. Por eso llegué tan tarde a nuestra cita.

—Vamos a ver — replicó Carol, reconstruyendo los hechos— Quizá yo sea tonta de capirote, pero no hasta este extremo. El otro día me dijiste que habías salido con Al Bennet y que...

—Sí, sí, te dije esto para que la sorpresa fuera mayor. Cuando llegué a la joyería ya estaba cerrada y tuve que ir a buscar al joyero a su casa. Te lo juro, cielo, por eso llegué tan tarde. Lo de Al Bennet fue una mentirijilla para darte mayor sorpresa cuando supieras la verdad; pero no me diate tiempo a decírtela. Anda, ponte el anillo de prometida y verás... ¡Ah, se ha caído! — exclamó Tim, precipitándose a recogerlo sin acordarse de su brazo roto, ni de su pierna heri-

da, ni de nada de toda aquella comedia que había improvisado y cogiendo la sortija con la mano que había llevado hasta entonces muy camuflada.

Carol sintió que una oleada de indignación le subía al rostro. Se puso en pie, le miró con desprecio y con ira y le dijo:

—¡De todas las cosas indignas y despreciables que has hecho ésta es la peor de todas! ¡Vete! ¡Fuera! ¡Largo de aquí! ¡Apártate de mí vista!

—Tú bien sabes que todo lo hago por amor a ti—institió Tim— Si no fuera por lo mucho que te quiero no cometería tanta torpeza.

Carol no le contestó, porque el teléfono sonaba y se puso al hablar:

—Diga. Sí, soy yo. ¡Ah, hola! Siento haberme retrasado un poco, pero es que tuve una visita imprevista. En seguida voy.

La voz de Morley, al otro lado del hilo, contestó:

—No, no, Carol, no vengas. Se han anulado todos los permisos y he tenido que presentarme rápidamente en el cuartel. Te llamo desde aquí. Hemos de entrar en acción en el acto.

—Bien, comprendo. Hasta luego, pues, y buena suerte, amor mío. Te esperaré.

Dejó el teléfono y se encarcó de nuevo con Tim que se paseaba un poco nervioso por la habitación.

—Ya ves que estás hecho migas —le dijo con burla mordaz—, pero creo que debes presentarte inmediatamente a tus jefes. Han anulado todos los permisos y tendrás que entrar en acción. Yo no sé si tu "ala rota" engañará a tus jefes como me ha engañado a mí. Puedes intentarlo, si quieres.

—Está bien. Me voy, pero no antes de que me desees también a mí buena suerte.

—Buena suerte—dijo Carol con indiferencia, dispuesta a que Tim se marchara de una vez.

—Escúchame, Carol. Ese tipo podrá telefonarte todos los días, si quiere, y tú puedes llamarle cariñoso, si lo deseas, ¡pero no servirá de nada! ¡Tú has de ser mi mujer y nada más que mi mujer! ¿Entiéndes?

La cogió por las muñecas y la atajo a él, luchando para ponerle en el dedo el anillo de prometida. Carol se defendía con todas sus fuerzas pero el poder masculino de Tim la vencía.

—¡Déjame! ¡Me estás haciendo daño! ¡Déjame!—se defendía ella, forcejeando.

—Serás mi mujer, aunque tenga que derribar...

—¡No, no, calla, no sigas! ¡Déjame! ¡No quiero la sortija! ¡No quiero! ¡No quiero!

Tim había podido más que ella y gritó triunfalmente:

—¡Ya está colocada la sortija en el dedo! ¡Ya estás prometida a mí! ¡Y cuando regrese nos casaremos!

Carol lloraba de rabia. Quería arrancar del dedo el aro que él le había colocado, pero no podía.

—¡Toma, no lo quiero, llévate eso!—le decía, sollozando de coartado.

—No llores, encanto. No te preocupes por mí. ¡Volveré!—le dijo Tim, ya desde la puerta, agitando en el aire su sombrero—. ¡A mí no me pasa nunca nada!

Carol oyó el golpe seco de la puerta que se cerraba y, dejando de forcejear en su dedo para conseguir sacarse el anillo, murmuró con rabia reconcentrada:

—¡Y, además, tenía que equivocarse de tamaño!

En efecto, la sortija era tan pequeña que ya Carol no la pudo arrancar de su dedo por más esfuerzos que hizo.



En el aeropuerto se multiplicaban las órdenes y estabáse en constante comunicación con las escuadrillas que ya habían salido hacia el frente de batalla. Eran los momentos culminantes de una de las batallas más cruentas de la guerra: la batalla de Dunkerque.

Salían constantemente escuadrilla tras escuadrilla y volvían a su base otras, deshechas, malparadas, con averías gruesas en muchos aparatos de los que regresaban. Los otros se habían quedado allá, en suelo francés, convertidos en un montón de escombros o de cenizas.

Los rostros de todos denotaban la tensión y la angustia de aquellas horas decisivas y los hombres se movían velozmente hacia el lugar de destino seguros de que un instante perdido podía ser fatal para muchos miles de hombres.

Por radio se mantenía contacto con los que iban y con los que regresaban. Se buscaba a los aviones perdidos. Se recibían noticias de algunos que habían caído al mar y

se sostenían en sus lanchas salvavidas. Y se les mandaba auxilio rápido a fin de evitar que las desgracias fueran todavía mayores.

Se formaban nuevos escuadrones con las unidades que regresaban y que no tenían averías. Y volvían a remontarse en el aire aquellos que acababan de llegar y a los que se les concedían sólo unas breves horas de descanso, las suficientes para repasar los motores de los aviones y volverlos a cargar con la mortífera metralla.

El oficial encargado de ello iba repartiendo los puestos a los pilotos que se iban presentando. No podía ahora escogerse el equipo. Era preciso actuar a toda marcha y se metían en un avión los primeros que llegaban, sin mirar si pertenecían a una escuadrilla u otra. Todos prestaban su servicio fielmente, sin preocuparse de nada más que de obedecer estrictamente las órdenes que se les daban.

—No se conoce en la Historia— decía el oficial al comandante que

le había interrogado—una situación comparable a la presente. Trescientos veinticinco mil hombres están en Dunkerque, bombardeados y atacados por el enemigo que les supera en una proporción de cuatro por uno. La Marina tiene en aquellas aguas todas las embarcaciones posibles para favorecer el reembarque de nuestras tropas. La aviación ha de lograr que este reembarque sea posible. ¡Hemos de lanzarnos todos al combate hasta conseguir el dominio del aire! Sólo así podremos salvar a nuestro ejército.

Y toda la aviación se puso en movimiento para lograr aquel objetivo: salvar al ejército de ocupación obligado a reembarcar por la fuerza del avance de un enemigo superior en número en una proporción invencible.

Y así iban y venían las escuadrillas y cada uno de los hombres que llegaban era portador de nuevas informaciones de la dureza y crueldad del combate.

—Encontramos al enemigo al sur de Dunkerque — decía uno—. A uno cuatro mil metros de altura entablamos combate. Era una formación de veinte. Y atacamos según el número tres. Derribamos cinco Heinkels y tres Messerschmitta.

—Bien. Mac. ¿Seguimos resis-

tiendo a pesar de la superioridad del enemigo?—preguntó el comandante.

—Creo que sí, que podemos seguir resistiendo.

—Bien. ¿Y usted, Walker, qué noticias trae de su vuelo?—preguntó a otro de los pilotos que acababa de llegar.

—Alcancé de pleno a un Heinkel a menos de doscientos metros. Se incendió, pero yo perdí la formación y atacué a dos Messerschmitta, a los que derribé.

—¡Breve!

Cada hombre explicaba lo que le había sucedido: hablaba de los aparatos derribados como si se tratara de una cosa insignificante y daba cuenta de cómo habían quedado los suyos, si había aún posibilidad de irlos a salvar.

El comandante daba nuevas disposiciones a aquellos hombres, se informaba de cómo habían llegado los aparatos y preparaba las nuevas fuerzas de refuerzo para los que estaban allí desde hacía muchas horas y a los que era preciso ir a sustituir.

Tim Baker recibió la orden de subir al avión con el sargento Johnson y el cabo Carson. Quedaba, pues, completamente desconectado de sus antiguos compañeros. Ahora eran momentos decisivos y

era él el que iba como jefe de su pequeño mundo, de aquel avión que se le confiaba, porque había dado ya pruebas de su pericia como aviador de guerra lo mismo que las había dado de su pericia como aviador de paz.

Cuando se encaminaban los tres hombres hacia su avión se cruzaron con otros que llegaban y Tim preguntó escuetamente:

—¿Qué tal por allá abajo?

—¡Nublado! — replicó el piloto que acababa de llegar.

Nublado... A Tim le gustaba meterse en aquella refriega. Por eso se había alistado en la R. A. F. Quería luchar, y vencer si era posible. Subió al avión seguido de sus dos ayudantes y se remontó en los aires con una sola idea en el cerebro: si triunfaba se casaría con Carol; si caía en el combate Carol ya no le podría olvidar jamás. Y estas dos ideas le hicieron conreír, aunque estaba seguro de que volaba hacia el más espantoso de los horizontes.

El combate de Dunkerque estaba en todo el espanto de su horror cuando el avión de Tim llegó hasta el cielo enrojecido de aquel infierno. El mar parecía un volcán de llamas y la tierra retemblaba al estrépito de las granadas que estallaban por todas partes produciendo

nubes de humo e incendios cuyas llamas iluminaban siniestramente el cuadro desolador de aquel duro combate.

Los soldados ingleses llegaban hasta los barcos desesperadamente; unos conseguían meterse en las lanchas que se les enviaban; otros se lanzaban a nado; otros sentían que sus fuerzas les abandonaban ante las dificultades y se desplomaban en tierra antes de haber podido conseguir llegar a la orilla.

Los cañones no cesaban de disparar. Las ametralladoras segaban las vidas de los que intentaban el reembarque. La aviación trepidaba sobre sus cabezas y en el combate aéreo caían incendiados, dando mayor resplandor a la noche siniestra, aviones de uno y otro bando que iban a unirse al infierno que ardía en la tierra, haciendo mayor aquella pira gigantesca en que se abasaba la ciudad.

El caos era tan espantoso que precisaba la serenidad más absoluta y el mejor temple de los nervios para orientarse entre todo aquel confusionalismo y atacar desde el aire a los enemigos, evitando chocar con los aviones amigos que habían ido a auxiliarles.

Tim manejó su aparato con una pericia lesuada y se lanzó al combate con una furia tal que pronto

consiguió derribar en torno suyo a varios aviones enemigos.

—¡Este por Roger! — exclamó, viendo caer al primero que consiguió tocar.

—¡Este por Harry! — añadió, cuando siguió con la mirada la barrera luminosa que formaba el segundo avión que derribaba.

—¡Y éste... por mí! — dijo, cuando alcanzó al tercero, como si un extraño presentimiento le sobrecojera y viera muy cerca suyo la muerte acecharle con su garra fría y segura.

No hubiera podido apreciar el número de horas que estuvo en el aire, ni decir los aviones que había derribado. Sólo sabía que el combate era duro, que él luchaba con toda su fuerza; que estaba dispuesto a perecer en aquella lucha con tal de tener la seguridad de que, gracias a su sacrificio, las unidades

navales podían emprender el regreso a la patria repletas de soldados que habían conseguido escapar al castigo inenarrable de aquella batalla, única en la historia.

La aviación inglesa fué, en aquellas horas supremas de desesperada lucha, la que protegió la retirada de las tropas, la que consiguió arredrar al enemigo, la que, con su heroico proceder, pudo obtener un triunfo de lo que, sin ella, hubiera sido la más trágica de todas las derrotas.

La R. A. F. consiguió en Dunkerque el dominio del aire. Y entre la R. A. F. y la Marina inglesa, que también en aquella circunstancia demostró toda la fuerza de su valor y de su pericia, pudieron salvar a trescientos cincuenta mil hombres del ejército inglés que había hecho su primera tentativa de ocupación.

Cada llamada telefónica ponía en tensión los nervios de Carol que, en su camarín y acompañada de Morley, esperaba conocer la suerte de Tim Baker, de aquel muchacho descalabrado, tranquilo, despreocupado que parecía no interesarse por nada y que había dado pruebas de ser uno de los mejores pilotos y de más sólida preparación para la guerra del aire.

—¿Qué? ¿Se sabe algo? — preguntó Carol, angustiada, a una nueva llamada a la que, como a todas, contestó Morley, para evitar a la muchacha el dolor de conocer demasiado bruscamente alguna dolorosa verdad.

—No, todavía no se sabe nada— dijo Morley con desaliento.

—¿No hay noticias?

—Aun no ha regresado. Acaba de llegar uno de su escuadrilla que se llama O'Brien y que se lanzó a tierra al sur de Dunkerque y lo pudo recoger una lancha.

—¿Y qué dice de Tim?

—Que le vió derribar dos Mes-

serschmitta y que luego resultó alcanzado, pero que hay posibilidades de que se lanzara en paracaídas y que haya sido también recogido por algún bote ambulancia. ¡Hay tanta confusión en estos momentos, Carol, que no hay más remedio que esperar. Esperar hasta que llegue el último de los hombres que fueron allí.

—¡Esperar! ¡Esperar! ¡Pero si es tan larga la espera! Si Tim pudo lanzarse al agua, estoy segura que volverá. ¡Estoy segura! — exclamaba, estrujándose nerviosamente las manos una contra otra y contando los tic-tacs del reloj que eran mucho más lentos que los de su corazón— Tim está acostumbrado a los aterrizajes forzosos. Una vez estuvo perdido más de una semana por una tempestad de nieve. Todos decían que habría muerto y dejaron de buscarle. Y un buen día lo trajeron en trineo con mujeres indias. Y otra vez, en una tormenta, escribía en el cielo y de repente se cayó el motor del avión.

¡Todo el mundo se asustó! Y el aterrizó perfectamente[®] ante la tribuna del Gobernador. ¡A Tim nunca le sucede nada! ¡Tiene muy buena suerte!

—¡Ya lo creo que la tiene! ¡Y mucha! —suspiró Morley—. Desde el primer momento me di cuenta de que no podría separarte de él. Le quicra demasiado.

Morley volvió a contestar al teléfono que de nuevo llamaba con insistencia.

—¿Diga? Sí, bien, gracias.

Dejó el auricular y se volvió a Carol:

—Dentro de media hora llega otro barco lleno de soldados. Dicon que creen es el último. Debemos ir al muelle a esperarlos.

—Sí, vamos. Espérame un minuto. Me visto en seguida.

Nunca se había vestido Carol con mayor rapidez. Salieron los dos y corrieron al muelle, donde había una multitud sombría y preocupada. Todos esperaban ver llegar a seres queridos. En todos los ojos había fulgor de angustia y de esperanza al mismo tiempo. Aquél, decían, era el último barco que llegaba de "allá". "Allá"... Nadie se atrevía siquiera a pronunciar la palabra Dunkerque, como si pudiera darles mal augurio pronunciarla, porque decir Dunkerque era decir

la gran fosa donde habían quedado sepultados miles y miles de soldados.

Un profundo silencio reinaba cuando el barco atracó y comenzaron a descender los que llegaban. Sólo de vez en cuando se escuchaba un sollozo y una exclamación:

—¡Hijo! ¡Hijo de mi alma! ¿No te ha pasado nada?

—¡Oh, John, esposo mío!

—¡Papá! ¡Papá!

Y era un abrazo fuerte y silencioso el que se cambiaban los que se encontraban de nuevo, un abrazo estrechísimo en el que parecían confundirse los corazones, pero que parecía querer quedar en la sombra para no herir susceptibilidades de los que en vano esperaban la llegada de seres amados que ya no volverían más.

Carol miraba ansiosa todos los rostros que iban apareciendo sobre cubierta.

—¿Pabrá salido ya?—preguntó a Morley, a cuyo brazo estaba cogido, como si buscara en él amparo.

—Empezaban a desembarcar en cuanto hemos llegado. Yo creo que no puede haber salido sin que le hayamos visto nosotros.

—Entonces, ¿dónde podrá estar?

—Tranquítizate, Carol. Hay más de mil hombres a bordo; no es di-

fácil que uno de ellos pase inadvertido.

—Pero si dices que hemos visto bajar a los primeros...—arguyó Carol, cuyo nervosismo iba creciendo y cuya angustia amenazaba abogarla.

—En una muchedumbre así es fácil despistarse. Mira, tú quédate aquí y yo me acercaré a la otra salida. Así es menos probable que pase sin que le veamos.

Carol se quedó sola. El corazón le daba tan fuertes brinco en el pecho que llegaba a producirle un dolor físico. De pronto vio a Tim sobre cubierta. Llegaba completamente vendado, tenía el rostro demacrado y llevaba una manta sobre los hombros. Le reconoció en seguida a pesar de lo cambiadísimo que estaba.

—¡Tim! ¡Tim! ¡Tim! — gritó, corriendo a esperarle al borde de la pasarela.

Tim oyó su voz, la sonrió y bajó hasta ella estrechándola fuertemente entre sus brazos:

—¡Carol, chiquilla mía!

—¡Mi vida! ¿Estás herido? — preguntó Carol, olvidada de todo cuanto Tim le había hecho, olvidada de aquellas heridas fingidas que tanto la habían soliviantado, olvidada de todas sus mentiras y de todas sus veleidades.

—¡Bah, esto no es nada! Es un collar de última moda que cogí al otro lado del canal — replicó Tim, embromando a Carol y refiriéndose a su vendaje.

—¡Ya sabía yo que a ti no podía pasarte nada!—exclamó Carol, besándole apasionadamente.

—¡Claro, ya te lo dije yo antes de partir! ¡Cuánto me alegro de poder abrazarte otra vez! Todo el tiempo que estuve flotando en el canal, con mi flotador puesto y esperando socorro, no hice más que pensar en ti. Yo creo que fue esto lo que me salvó. Quería volver a verte y que tú creyeras en mí.

—Y lo has conseguido—contestó Carol, volviendo a besarle—. Mira, Tim—añadió, mostrándole la sortija de prometida que él le había puesto a viva fuerza—. ¡No pude quitármelo!

—Para eso lo compré yo más chico de lo necesario—rió Tim.

La voz de Morley les interrumpió:

—Mi enhorabuena, Baker, por haber salido con bien... y salido con bien de todo lo que usted se proponía.

—Gracias, Morley—dijo Tim, estrechándole la mano en un apretón cordial.

También la enfermera que esta-

ba encargada del cuidado de Baker se acercó a ellos:

—Señor Baker, el coche está dispuesto para trasladarle al hospital—le dijo.

—Ahora ya no lo necesito, gracias. Han venido a esperarme unos amigos y me voy con ellos. Perdóname todas las molestias que le he ocasionado.

—¿No te olvidará del jueves?—preguntó la enfermera, mirándole con ojos que invitaban a algo muy bueno.

—No, no, no. Ya me cambiaré yo mismo el vendaje, ¿sabe?—replicó Tim, disimulando aquella invitación—. ¡Adiós!

La enfermera se quedó un poco

desconcertada, pero luego sonrió, comprensiva, alejándose.

Carol miró a su prometido con reproche y susurró:

—¡Tim...!

—No sigas—le interrumpió éste.

—Ya sé que vas a decirme que soy el mismo de siempre... y quizá tengas razón. Pero el mismo de siempre para quererte con toda mi alma, ¡Carol, esposa mía!

Carol sintió que una oleada de ternura le subía a la garganta, cogió del brazo a Tim y a Morley y marchó con ellos dos, dichosa al fin, hacia va porvenir lleno de venturosas promesas.

Y, naturalmente, Tim y Carol se casaron.

FIN

Todos los grandes éxitos
de la prestigiosa marca

TWENTIETH CENTURY-FOX

en

EDICIONES BISTAGNE

La canción de Bernadette

Alma rebelde

La casa de la calle 92

Un Americano en la R. A. F.

Claudia

En prensa:

INFIERNO EN LA TIERRA

EL RENEGADO

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Passeje de la Paz, 10 bis - Barcelona

112
2106
242

233978

A.166217

no 6532

